



Elbio Pérez Tellechea

QUINCE CUENTOS GAUCHOS

Ediciones de la Patria Gaucha
Ediciones de la Banda Oriental

EDICIONES DE LA PATRIA GAUCHA
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L
Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
E-mail: *ebo @ chasque.apc.org*
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay -1999

Nota de los editores

La Biblioteca "*Ediciones de la Patria Gaucha*" fue creada por Resolución N° 53 de la Junta Departamental de Tacuarembó, de 12 de noviembre de 1998, promulgada por Resolución N° 777, del 20 del mismo mes y año, de la Intendencia Municipal, con la finalidad de "*editar obras literarias editas o inéditas [...] elaboradas por autores del medio socio cultural tacuaremoense y que aproximen su temática al mismo*". En los considerandos del informe de la Comisión de Cultura, Turismo y Deportes se da especial prioridad a "*las mejores expresiones literarias del departamento, algunas casi perdidas o muy difíciles de conseguir*".

En la citada Resolución N° 777, la Intendencia Municipal de Tacuarembó integró la Comisión de Selección de Ediciones, prevista por la Junta Departamental, con la señora Gloria Abero y los señores Marino Irazoqui, José Eduardo Gómez Lagos y Tomás de Mattos.

En sesión celebrada el 8 de diciembre de 1998, los cuatro miembros de la Comisión decidieron, por unanimidad, que la primera publicación de las "*Ediciones de la Patria Gaucha*" debía ser una selección de cuentos de los libros *Mundo Aparte* y *Gente Poca* de Elbio Pérez Tellechea, por ajustarse éstos plenamente a las pautas de la resolución que creó la Biblioteca.

Prólogo

Cuando en 1963, la Editorial Gadi de Florida emprendió la aventura (publicar el primer volumen de cuentos de Pérez Tellechea, lo hizo bajo la entusiasta convicción de sus excepcionales cualidades narrativas: cuando *leímos los originales de Gente poca* -dice la contratapa de *Mundo aparte*- le expresamos al autor que era lo mejor que habíamos leído en mucho tiempo. "Y ustedes quiénes son para opinar?", replicó. Opinó el público, que agotó tres ediciones en seis meses. Y la crítica, sin excepción, consagró a Elbio Pérez Tellechea como a uno de los mejores cuentistas del momento. *Mundo aparte* tuvo similar acogida.

Hoy son títulos agotados, inconseguibles, como la novela *Vengan todos los santos* y la colección de cuentos *El pueblo que no tenía cementerio* que se publicaron después.

¿Fue engañosa y efímera la excelente acogida de la que gozó su obra hace treinta años? ¿O quizá, lamentablemente, están tan solo sumidos en el extenso y colmado coto de la literatura uruguaya que el mercado ha olvidado o no se atreve a visitar, privando al público actual de títulos e, habiendo gozado en su época de un amplísimo espectro de aceptación, conservan la plenitud de sus virtudes originarias? A la Comisión de Selección de las *Ediciones de la Patria Gaucha*, la anima la misma entusiasta convicción de los pioneros de la Editorial Gadi. Elbio Pérez Tellechea es un narrador que no solo domina su oficio sino que establece con el lector y sus personajes un entrañable y perdurable vínculo afectivo.

Austero, siempre ceñido a la sustancia de la trama y al carácter de los personajes, esconde sus artes en una atmósfera de sencilla autenticidad, en la que campean el humorismo y la ternura que no obstan a que, de tanto en tanto, relampaguee, con la sutileza del estoque o la contundencia de la lanza, la punta certera de la rebeldía ante la perpetración de una injusticia. En sus textos, de fraseo corto, casi lacónico, no sobran palabras ni matices. Va directo a lo esencial. Concentrándose en sus personajes, es significativamente avaro en la descripción de las apariencias físicas. Escatima detalles corporales, a los que, incluso, les presta menos atención que a la vestimenta.

Parecido relegamiento padece el paisaje. Enmarcándose la mayoría de sus historias en la agreste belleza del Valle Edén, la vegetación es soslayada, salvo que la trama, como en "Cacería de pavas", la convoque con toda su exuberancia.

Tan solo se atiende al carácter de los personajes: si a veces se nos da su destino, lo es por añadidura y porque uno y otro están indisolublemente unidos.

No hay tesis, ni explicaciones tras la peripecia. Tan solo -y nada menos- que la aproximación a una persona. Una persona de las escondidas en el mundo aparte de los cerros de nuestra campaña; de las que viven y mueren en silencio.

"*Gente pobre... gente humilde... gente poca*, -dice el proemio del libro de ese nombre- *Hombres y mujeres y niños ignorados, amarrados al campo... [...]Decir cómo viven, cómo sueñan, cómo aman. Esa ha sido nuestra intención. Y colaborar a rescatarlos del olvido. Nada más.*" Y nada menos: la cantera que explora Pérez

Tellechea es la misma que abrió Gogol con "El capote" y continuó Dostoievski con "Pobres gentes" y trajeron a América, entre tantos otros, Ciro Alegria con "El mundo es ancho y ajeno" y González Vera con "Vidas mínimas"; y, en Uruguay, Francisco Espinola y Julio da Rosa. Veta, dirán algunos, fuera de moda; veta perdurable, diríamos otros, porque cristiana o no, o cristiana atea, es evangélica. Y valga el año en que este libro se publica, para decir que casi es bimilenaria.

Esa mirada solidaria al vecino parece que sólo admite una forma despojada de todo ornamento innecesario. Es la misma perspectiva, más allá de lo que sea en la humilde y muy asumida escala de artista provinciano y casi autodidacta, que preside al cine de Bresson y del mejor Pasolini.

El arte se esfuma y se torna casi imperceptible en los fragmentos; solo se advierte -y a veces deslumbra, como en "El viejo Claro"- en la ración de las secuencias. Los personajes parecen llegar por ellos mismos, sin ningún intermediario, al lector. Más que ser descritos, son escuchados con excelente y fidelísimo oído: oído de quien ha convivido en ese mundo y ha establecido con él un vínculo de filial -no fraternal, ni menos paternal- pertenencia hasta el extremo de apropiarse de su lenguaje. Los cuerpos de las criaturas de ese mundo casi no son mirados; siempre se les contempla el ánimo. Por eso, acaso, la llamativa predilección por la ropa.

No hay texto de Pérez Tellechea que no persiga pacientemente -pero con trazos brevísimos que atrapan y retienen al lector- una progresiva develación de su protagonista.

En esta apretada y difícil y discutible selección, el lector verá cómo eligen o son forzados a vivir: don Ambrosio, un iluso medianero que no quiso gestar esclavos; Guzmán o Luzardo, muliteros condenados a sufrir por separado, en tierra propia o ajena, una derrota tan inevitable como presentida; el viejo milico Claro, empeñado en vestir con honor su uniforme; Soca, el alzado con Aparicio, y Soquita, el hijo del heroico lancero, ligado por juramento a la chacra que no se dejó arrebatarse su abuelo; Cafaña, el carpintero y consumado futbolista; el negro Triste, que endulza y estropea su solfeada vida regalándole caramelos a una galleguita; el Boleo Guerrero, dispuesto a todo aprendizaje con tal que incumba a oficio que se ejerza en campo abierto; Julián Duré, el histriónico abarajador de facones y estrella fugaz de los viejos circos que deambulaban por nuestra campaña; y el innombrado Jefe de la Estación ferroviaria premonitoriamente temido por algún vecino que supo imaginarse "disfrazado" en algún cuento.

En ocasiones, el retrato individual dejará paso al colectivo: un típico baile en escuela de campaña, descrito con flaubertiana minuciosidad; y un carnaval isabelino, orquestado en torno a un boliche de barrio con tablado y palo enjabonado para cazar bobos.

Y confiamos en que, al cerrar el libro, tras la lectura del último cuento, comparta la mágica pero muy real sensación de que, aunque no haya nacido en el viejo barrio del Arenal de Paso de los Toros, allá por, haya sido cliente asiduo de ninguna estación de AFE o de los ferrocarriles de los ingleses, conoce, admira y quiere a don Elbio Pérez Tellechea desde toda una vida.

Tomás de Mattos

Nota: los cuentos 1 a 7 y el 12 pertenecen a *Gente Poca* (Editorial Gadi, Florida. 1963) y los restantes a *Mundo Aparte* (Editorial Gadi, Florida, 1965).

LOS AMBICIONEROS

Cuando el tatú pasó rozándole las piernas, acosado por el perro, notó que era un animal enorme.

-¡El abuelo de todos los tatuses!.. -murmuró, asombrado.

El perro ya estaba escarbando, furiosamente, metido en la cueva. Lo apartó y empezó a trabajar con su cuchillo.

Por un rato sintió el ruido que hacía el animal, escarbando cueva adentro. Después se fue haciendo más y más lejano.

Se sentó en la barranca y armó un cigarro, pensativo.

Pasó el tren nocturno haciendo retemblar los cerros.

Guzmán rumbeó para su rancho.

Venía amaneciendo.

* * *

El rancho está en un pequeño triángulo que hace el camino, al doblar para cruzar la vía. Al lado un cerro enorme, que achata al rancho más aún contra la tierra; después la calle, la vía, el arroyo bajando y cantando siempre. Enfrente otro cerro imponente.

Nadie sabe el origen del rancho, ni si es de él o de quién.

Está allí hace tiempo, con Guzmán adentro.

* * *

Rara vez sale de día. Allá, a las cansadas, llega al boliche de López. Viene por la vía, encorvado y siempre mirando al suelo, con el perro pegado a sus talones.

Los otros perros salen gruñendo al paso de la yunta. Olfatean a Guzmán, después al perro. Ambos siguen su camino, sin siquiera mirarlos.

Es chico y contrahecho, con ojos encapotados que parecen no mirar. Unos pelos hirsutos a manera de barba. Hijo de incesto según dicen.

Usa ropas de color y edad indescifrables, como él.

El perro también es viejo, casi ciego, de raza desconocida.

Rancho, perro y hombre parecen hechos "el uno para el otro"

* * *

En el boliche está las horas, recostado al mostrador, sin moverse ni hablar,

mirando al piso. El perro, a sus pies, tampoco se mueve. Los paisanos, que lo creen sordo, chichonean a López:

-Salió el bicho de la cueva, don Lope... D'esta ta hecho. El hombre es gastador... Cada vez iba espaciando más las salidas, metiéndose más aun dentro de sí mismo.

* * *

Está acostado en la cama baja, hecha con palos de monte. Piensa en el tatú. Piensa y piensa...

Ve claro que el perro no lo va a poder sujetar. Escarbar a cuchillo, imposible. Echar agua en la cueva -una cueva sin fin- no se podía ni pensar.

Encontró una sola posibilidad -muy difícil- de cazarlo. Cuando el tatú saliera a comer, en la madrugada, mandaría el perro a encuevarlo. Se sentaría en la barranca, los pies colgando. El asunto era cerrar las piernas a tiempo...

* * *

No tenía amigos, pero tampoco odiaba a nadie. Solo a "los petizos" Fernández. Los odiaba por "ambicioneros".

El cazaba por necesidad, pero "los petizos" cazaban porque sí, de "ambicioneros" nomás.

Cuando llegaba el verano, salía "el petizo Fernández viejo", con toda la "petizada" - hijos e hijas- y "limpiaban" el arroyo. Cazaban con lazo y fija, y no dejaban ni las viejas del agua.

Se sentían los gritos broncos de los hombres, los chillidos de las mujeres:

-¡La tal tararira!

-¡Ataje ahí!...

-Bagre nomá. Y van seis...

Pasaban de regreso, frente al rancho, doblados por el peso de las sartas.

Guzmán estuvo años tratando de "madrugarlos", de limpiar el arroyo) antes que ellos "solo para verles las caras". Pero siempre, no sabía por qué, los petisos le "ganaban de mano".

En la caza del tatú lo llevaban "muerto". Tenían buenos perros y metían pala sin asco.

* * *

Todas las madrugadas, iba a la cueva del tatú. Volvía al amanecer, cansado y triste. Solo una vez pudo aprisionarlo entre las piernas. Fue un segundo. El tatú lo arañó todo y se fue cueva adentro. Guzmán cayó al suelo, maldiciendo y dando puñetazos a la tierra. Lloró por primera vez en su vida, convulsionado todo el cuerpo. Largo rato estuvo así.

-Te viá cazar, cascarudo viejo, y te viá sumir el cuchiyo...

* * *

Hubo un jefe de la Estación que lo había tratado como a una persona. En el boliche iba al rincón donde permanecía Guzmán y le preguntaba cosas del monte y la sierra.

Guzmán "se agrandaba". Los ojos cobraban vida e iluminábanle todo el rostro, se erguía, hacía gestos y ademanes para explicarse mejor:

-La sierra es una cosa bárbara. Y un tatú escarbando es com'una máquina de ferrocarril...

Le pagaba todos los vinos que quisiera tomar, además. Cuando la señora hacía "algo especial" le mandaba un poco de todo, bien arregladito con papel fino, con los hijos. Los gurises escrutaban todos los rincones del rancho y lo "acosaban" a preguntas. Los jarros de lata, los asientos de ceibo, el fogón, les llamaba la atención.

Guzmán empezó a vivir de otra manera.

Hizo un caminito de tanto ir y venir, del rancho a la casa del jefe.

Llevaba la miel más gorda de la sierra y los mejores tatuses. Volvía con ropa o comida.

* * *

Notó que no se iba a animar a meterle el cuchillo al tatú. Se esta encariñando con el bicho.

Si estuviera el jefe era otra cosa. Le parecía verlo mostrándolo a todo el mundo:

-¡Miren que pichón de tatú! Digan si han visto otro igual... Y vean qué grasa...

-¡Pah!...

-Lo cazó Guzmán... a uña nomás...

Pero el hombre ya no estaba.

No mataría al tatú. Lo cazaría y lo llevaría lejos, a otra rama(sierra, donde los petisos no iban nunca.

* * *

Vinieron los primeros fríos de otoño. Guzmán empezó a preocuparse. En verano cazaba tranquilo, porque los petizos le tenían un miedo bárbaro a las cruceras. El mellado había sido mordido dos veces y era medio loco. Cuando las cruceras andaban enceladas quería pelear con todo el mundo.

Guzmán nunca mataba cruceras, porque "el que mata crucera encuentra cada vez más cruceras, hasta que alguna lo embroma". Andaba en la sierra tranquilo, todo el año.

* * *

-¡Mire que cosa! -dijo-, ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Empezó a hacer una trampa con entusiasmo febril. La sujetaría bien ante la cueva. El tatú, al salir a

comer, entraría confiado y no podría retroceder.
Andaba loco de contento.

* * *

Sintió ruido de gente, en la madrugada, pasando junto al rancho. Se sobresaltó.
Uno de los petizos Fernández iba diciendo:
-¡Nunca había visto cascarudo tan grande! ¡Debe ser el abuelo de todos los tatuses!
Guzmán salió a la puerta del rancho. La luna sacaba destellos al cuchillo:
-¡Ambicioneros, ambicioneros de porquería! ¡Me cazaron el tatú!, ¡Vengansén todos,
sucios, que los viá coser a puñaladas!..
¡Ta loco!-dijo uno.
Más loco que antes, querrás decir...
Siguieron caminando despacio, seguidos por la voz quebrada de Guzmán.
Hacía rato que los petizos habían desaparecido y estaba todavía allí, inmóvil, con
los brazos caídos. Como si el cerro lo hubiera aplastado.

BAILE EN CERRO DEL MATRERO

Al forastero le llamó la atención tanta gente bajo los paraísos del almacén.

-Baile o casamiento -pensó. Porque había muchas mujeres.

Dejó el caballo a la sombra y entró. Saludó uno por uno a todos los presentes:

-Colevá...colevá...

-Bieniusté...

Le daba la mano a uno y ya estaba mirando al otro, en un saludo mecánico.

Un morocho que estaba apilado sobre el casin, le dio la mano con visible disgusto.

Enderezó por último al mostrador. Saludó a Silverio, el dueño.

-Sirva a los señores -dijo después.

Vestía saco y bombacha haciendo juego -cosa poco corriente allí; botas flamantes, pañuelo blanco, sombrero negro aludo.

-Buen pingo -dijo Silverio sonriente.

-Regular, sí señor. De la cabaña 'e Santeyán...

Al poco tiempo Silverio sabía ya varias cosas. Era un hombre con amigos y conocidos en toda la República Oriental. Venía de "por Tres Arboles" hacia Tacuarembó o "donde cayera", sin apuros.

A pesar del aspecto franco del hombre, hubo preguntas que Silverio no se animó a hacer.

Era él quien preguntaba ahora. Con un ademán abarcó a los novios y las viejas que había bajo los árboles:

-Vamo al baile del Cerro del Matrero -explicó Silverio-. Cuando llegue el camión me v'a perdona...

* * *

Al rato se sintió el ruido del motor. Hubo un movimiento en el boliche.

—¡Paj!, el camión chico del Ruso...

-Ahora van a vé lo qu'es sufrí...

Silverio trajo cajones de cerveza y la gente fue subiendo. Las mujeres, porque los hombres trepaban por los costados.

A doña Laurinda -noventa y cinco años cumplidos- hubo que alzarla entre tres.

Quisieron colocarla al lado del Ruso, en la "gabina", pero allí ya venían la novia de él y la suegra.

Antes de arrancar, el Ruso hizo bajar a las dos mujeres:

-Me hace el favo, mi suegra, deje pasa a la Linda al medio y usted se corre pa' la ventaniya...

La señora quiso protestar.

-Vamo a subí la sierra -argumentó el Ruso-. Me v'a molestá p'hacé los cambio...

-¡Qué "brazo" este Ruso! -dijo uno del camión.

* * *

El vehículo se ha ido completando a medida que recorre el caserío. Jóvenes, viejos, matrimonios, niños.

La Nena se acomodó arriba de un encerado y se hace mimitos con un novio nuevo que se consiguió en el último baile en "lo Rodríguez". Se pone más mimosa porque recostado a la baranda, y como haciéndose el bobo, va el Toto Cabrera, que fue novio de ella hasta ayer nomás, y algunas cenizas quedan... La vieja, canchera como ella sola, también se hace la que no ve nada.

-¡Las cosa que hacen los novio hoy día! -comenta una señora.

-Qué dejarán pa' más después... -asiente doña Lola.

Hay que parar otra vez. Cruzando campo, y haciendo señas como locos, vienen dos viejos. Son don Nemesio y doña Fila, una mujer que llora por cualquier cosa.

-¡Oh! y ésta, ¿desde cuándo tiene marido?

La mayor de las Barneche, que estaba en Montevideo, se ha aparecido con un tipo desconocido, que no tiene pinta ni de paisano ni de pueblera, y que se ve viene bastante incómodo entre la gente curiosa y barullenta.

-Esta fue siempre media corrida...

-Y pa' pior pretensiosa...

El camión va subiendo la sierra ahora, penosamente.

La Julieta se acopló a los Echarte y viene también. Anda siguiendo al Beto, que la dejó hace como dos años, pero ella firme nomás con la esperanza.

Simpático y buen mozo, el Beto tiene mucha aceptación entre las muchachas. Hay como tres en el camión que lo siguen con la mirada, pero él se hace el interesante. Va al baile porque le anda tirando a la menor de las Maciel, una paisanita del Cerro del Matrero. Donde la canaria se haga la loca saca a bailar a cualquiera de las otras y la mata con calidad...

El camión se queja y sigue subiendo.

-¡La fresca, con estos caminos!

Sube y sube y se inclina como si ya fuese a volcar. Las ruedas desprenden piedras que se van rodando sierra abajo. El vehículo coletea y se va contra el alambrado:

-¡ Ay, que horrible!... -exclama el mujererío.

-¡Opalaláa!... -gritan los muchachos.

La Nena se aprieta un poco más contra el novio.

Arriba de la cabina, con las piernas colgando, va una barrita que se mata de risa del miedo que ha aprisionado a la gente como una garra siniestra. Una botella pasa de mano en mano:

-Tome, cuñau. que capá que hoy no yegamo vivo al baile...

Todos se mandan un trago y el Cholo empieza una cancioncita que los demás siguen al instante:

-...ma nosotros los muchacho que sabemo ser borracho...

Un grupo que va al baile a caballo, se abre para dar paso.

-¡Hipajajáaa!... -les arman el griterío los del camión.

-¡ Vivan los blanco!...

Estos de a caballo también llevan su botella con la que hacen señas a los de arriba. El forastero se ha hecho amigo de Ariel, el domador, que lo invitó a venir. Hablan de caballos indiferentes a todo:

-¡El cabayo es una cosa sin fin! Mire que cuantimá usted lidea con cabayo se da cuenta que meno sabe...

-¡Me v' a decir a mí! Va pa' un año, un argentino muy rico que me vio jinetear n' el Prado m' invitó a dir a su estancia...

-¿Así que usté ha jineteau n' el Prado? ¡Mireusté!...

- Como le decía, tenía un doradiyo que nadies le había podido aguantar n' el lomo. Taba encaprichau el hombre en domarlo...

-Los ricos tiene esas cosas, comonó...

-Me pagó todos los gastos, com'un rey... En cuanto vi el caballo le dije: "Mire, don, que lo suba otro..."

Otra curva en repecho, nueva costalada del camión, gemidos de las mujeres.

-Le dije, digo: "Busque otro, ese animal bellaquea así y así y tiene tal y tal maña..." - ¡Pero fijesé!

-El caballo se conoce en la mirada, igual qu' el hombre...

Ahora se divisa el caserío, allá abajo.

El valle parece una palangana enorme y el camión tal como si caminara por los bordes.

Un hormiguerío al fondo demuestra que la gente está de carreras; Ariel explica:

-Un malacara del Dr. Pedreira... un doctor del pueblo que le tiene asco a la plata. Un zaino de los Souza del Queguay... La casa debe estar entre esos dos...

Se oye como un bramido que sale del valle y se viene sierra arriba

-¡Largaron!!

El camión sigue por los bordes caminando a lo tortuga. Los hombres se han puesto nerviosos:

-¡Si ya decía yo! ¡Que no íbamo a yegar a tiempo pa' las carreras!..

-Este Ruso siempre el mismo...

-¡Pare, pare!

-¡Pare, cochero! -repiten los de la cabina, golpeando los costados. Unos cuantos se largan del camión y empiezan a cortar campo, cerro abajo. Se van dejando resbalar de costado. Se pierden por momentos de vista y reaparecen apedreando lechiguanas.

La Barneche y el marido aprovecharon y se bajaron también.

El camión parece una garrapata en el lomo de la cuchilla, mientras da la vuelta buscando la única entrada al pueblo.

* * *

Hombres a caballo forman como un tubo al costado de la pista de carreras, un trozo de paño verde que se pierde entre el chilcal. Hay que agacharse y estirar el pescuezo para ver la cinta.

Aquí y allá ramilletes de muchachas sonrosadas y gorditas. Los muchachos del camión se afilan pensando en el baile. Uno más audaz se ha acercado, buscando preparar el terreno. Gritos y movimientos nerviosos de las chicas:

-¡Salga! ¡Si usté tiene novia en el Valle Alegre! ¿Por qué no la trajo...?

Han corrido dos temos de la gran penca y están por largar la final.

Un viejo hace remolinear su caballo y lanza un desafío:

-¡Cien peso al malacara del doctor! Hay cien peso...

Recorre la pista. Desafía más con la mirada que con la voz:

-¡Cien peso!

-¡Pavo!

-¿Quién dijo pago?

El chistoso no se mueve.

-¡Cien peso! Poniendo' taba una gansa...

-¡Tan hecho!

-¿Quién dijo "tan hecho"?

-Tan hecho los que jueguen al malacara, quiero decir...

El viejo echa pie a tierra. Andan apartando. El Cholo saca al Beto:

-¡Che loco! -le dice-. ¡No relajés el ambiente!

El forastero se ha aproximado al viejo:

-Están hechos los cien pesos, señor...

El otro lo mira desconfiado. Al fin cierran trato.

-Y tengo cien más, si gusta...

-Mire que yo voy al malacara, el pingo del doctor...

-Sí señor, yo voy al zaino...

Ariel interroga al amigo con una mirada angustiada.

-El malacara 'ta muy loco -aclara éste-. Si llega a largar mal lo come el zaino. Tiro corto... trescientos metros, creo...

Los caballos están en la cinta, pero cuando no es uno es el otro el que se desacomoda, y vuelta a empezar, mientras crece la expectativa las circunstancias.

-¡Se vinieron!

Pasan como luz los pingos, entre el griterío infernal y los rebencazos de los corredores. Pasan y se van, en un entrevero de patas y terrones, a perderse al pie de los cerros. Abrazos, festejos, gritos:

-¡El zaino y corran perro! ¡El zaino nomá!...

Alguien le ha dicho algo al viejo, porque otra vez ha echado pie a tierra y nuevamente andan tratando de apartar.

Ariel y el hombre enderezan hacia la enramada, donde se ha instalado el despacho de bebidas.

* * *

Tres ranchos cansados y viejos, que ya se hubieran acostado a dormir el sueño eterno, si no fuera por los tutores que les han clavado en costillas y los mantienen en pie: eso es la Escuela.

La Directora vino del Sur. Le dijeron que quedaba tres leguas a la Estación y pensó: "una papa". Y aquí está, en este pozo bárbaro, esperando que caiga un milico de recorrida y traiga noticias de afuera.

Tiene un trabajo loco, ahora. Hay que saludar a todas las señoras que van llegando. Pone el cachete medio de refilón, suena el beso, ella dice "permiso, permiso" y sigue caminando ligerito, de un lado para otro, atendiendo todo.

Hay un personaje sin duda importante, que palmea a todos los vecinos y hace chistes que reciben la aprobación general. Es el marido la Directora, a quien para

abreviar todos llaman "el maestro". Está bastante acriollado. Se diferencia de los paisanos en que éstos usan bota y bombacha y él, bombacha y zapato.

En el rancho más grande, el que hace las veces de salón, ya se han sentado las viejas y los novios, en unos bancos largos contra las paredes recién encaladas y llenas de macaquitos.

De todos lados llega gente al baile.

-¡Parece una mentira, que haiga tanta gente! -comenta el forastero.

-Si le digo la gente que hay entre estos cerro, usted no cré...

Las señoras ya desde lejos se vienen saludando:

-¡Pero colevá comadre!

-¡Qué tal doña Lucía!... ¡y por ayá!...

Los besos suenan como chasquidos, los comentarios en voz altas se oyen de lejos.

Cualquiera puede enterarse:

-Sabe que la bizquita Bermúdez se fue con un tropero...

-Cuando supo la madre le vino el mal...

-El compadre Ufrasio 'ta como el jorobado Reyes: no se endereza má...

-¡Nomediga!

-La chancha del vasco Ugarte se comió los nueve chanchitos. ¡ Ah!, ' pero p' agosto no v' a tené suerte!...

En una cachua ha llegado una barra de Tambores que nadie sabe como ha dado con el lugar.

Alguien llega corriendo:

-¡Vienen los músico!

Comisión y concurrentes no pueden disimular un suspiro de alivio.

Los de la orquesta empiezan a comer cachazudamente, como jugando con el ansia que se lee en todos los semblantes. Cientos de ojos los siguen en todos sus movimientos, pero ellos no se inmutan y piden más vino y asado. Uno no se aguanta:

-Metan que la indiada está desinquieta...

-Tranquilo, jefe -contesta el morocho de la batería, que ya ha usado varias veces la palabra "jefe" para dirigirse a la gente, haciendo gala de estar muy al día con las incorporaciones hechas al lenguaje popular.

Pasa una hora eterna. De pronto truena el tambor, muge el fuelle y el violín deja oír unos alaridos escalofriantes. El baile va a comenzar.

Se trenzan las parejas y al poco rato nomás todo se llena de tierra y humo y de un ruido como de yeguada, sordo y pertinaz.

Al entrar al salón parece como si se chocara con una pared invisible.

Debajo del encerado donde se halla la cantina han quedado solo el Cholo y el Beto, éste haciendo tiempo, seguro de que cuando entre al salón, elige. Ya tiene algunas copas de más:

-¿Somo amigo o no somo?...

-Somo amigo...

-Tonce sirva la otra...

De repente se produce como un desbande. La boca del salón empieza a vomitar gente y gente, y semiahogada por el ruido se oye la voz del rematador:

-Cinco pe' ahí..., cinco pé... A ver quien dama... Miren qué regia tortai hecha por

doña Micaela... usté la come y revienta al ratito...

Todos festejan la guasada y sigue el rematador, parado en el medio del salón, taladrando con la mirada a todos los presentes y haciendo girar la torta por encima de su cabeza.

-Seis pé ayí... muy bien por don Ciriaco... a ver uno que mate... miren qu'es a total beneficio de los niños...

Se da cuenta que en el salón hoy poco ambiente y sale a la cantina en persecución de los que han huido, acompañado siempre por una linda muchacha que hace las veces de secretaria. Los muchachos se ven acorralados y no tienen más remedio que empezar a "picar", aunque desganadamente.

-¡Diez pé ayí! Muy bien por el Bicho, ¡no puede negá qu'es de la barra'e Tambore...! Hábilmente el rematador ha tocado el amor propio de las barras. La del Valle Alegre echan mano al bolsillo y arman una "vaca":

-Vamo a demostrarle a estos coso que a plata no nos van a yevá...

En un santiamén se saca una pochada de dinero por la torta. Los de la barra triunfadora juntan varias mesas y se aprontan para darse un festín.

En tanto el rematador, con cierta aureola de crack, da cuenta a la Directora del éxito obtenido, y después rumbea para la cantina, donde le sirven sonrientes una caña bien grande.

* * *

Pasada la medianoche el Beto, bastante cargado, hace su aparición en el salón. Contrariamente a lo pensado, su presencia pasa desapercibida. Los de Tambores han copado todo, desde la Julieta a la Maciel chica.

Vuelve a la cantina. El Cholo lo interroga extrañado:

-¿Ya de vuelta?

-Este baile 'ta como el arroyo Jabonería, -dice despreciativamente- ¡Pura vieja y mojarra!

Forzosamente la gente se tiene que fijar en el forastero, por lo bien vestido, lo respetuoso, y la forma como gasta plata. Ha rematado dos veces un lechón y lo ha vuelto a donar.

En un rincón está planchando ahora la brasilera Fagúndez, una veterana a quien sacan a bailar "en caso de extrema necesidad". El forastero se abre paso hacia ella:

-¿Me haría el placer de acompañarme?

La brasilera se niega, porque el hombre es negro, seguro.

Los de la Comisión lo llaman aparte, le agradecen todo lo que ha colaborado y le piden disculpas.

-No se aflijan, señores... Tengo más carreras perdidas que ganadas...

Ariel quiere meter "un buen relajo" por la ofensa hecha al amigo:

-¡Pero que se crerá esta brasilera sucia!

El otro lo tranquiliza y van a tomar algo, bajo el encerado.

* * *

El sol ha vencido la línea de cerros y poco a poco viene haciendo retroceder a la espesa neblina que se había adueñado del valle.

El baile ha terminado y la gente se va desgranando rumbo a sus casas.

Se han roto algunos noviazgos pero han nacido otros.

Todos se han divertido lindo, ha quedado un buen beneficio para dar de comer a la humilde gurisada, y no hay que lamentar ningún hecho desagradable.

Solo el Beto se puso pesado y quiso pelear al Cholo -tan amigo-pero lo sacaron elevado y no pasó nada.

El camión regresa con su carga de gente cansada pero feliz.

Allá abajo los ranchitos empiezan a soltar largas pitadas de humo, y un campesino, quizás el único que no fue al baile, camina detrás de los bueyes, sin respetar el domingo, exigiendo un esfuerzo más a la vieja tierra...

DOS SURCOS

Semiagachado sobre el arado, como queriendo ayudar a los bueyes, fue terminando el surco. Descansó en la mancera, se secó el sudor con el revés de la mano. Sus ojos achicados por los soles se dirigieron al fondo de la chacra.

Con un gesto de cansancio azuzó a los animales.

-Vamo, Amanecer... Epa, Lucero... p' acá... así., ¡bueno! Hay que hacer otro surco p' al patrón...

Un hijo ya grande, que lo seguía echando la semilla, sacudió la cabeza.

De un tiempo a esta parte el viejo se estaba poniendo "medio comunista"...

* * *

Vino a trabajar un pedazo de tierra en la horqueta que hace el Tambores con la Cañada del Medio.

-No va' tener suert' el pobre -decían los paisanos-. La tierra ta cansada, y cuando llueve se alaga toda en el fondo.

Don Ambrosio trabajó "com'un animal". Arregló ranchos, ganó tierra al monte, diversificó cultivos.

En seis meses hizo florecer una chacra que era la admiración del vecindario.

- Para mejor, un hombre "que era una señorita": "Sí señor, no señor" a todo el mundo, aunque fuera a un gurí.

Se hizo querer.

Pensó que al fin las cosas "iban a andar". Antes de aceptar le había puesto "varios artículos" al patrón, ya cansado de problemas con los dueños de la tierra.

El hombre dijo que sí a todo, que él también se había iniciado de abajo. Pero al poco tiempo ya no le estaba cumpliendo "la contrata"

* * *

Tomó el ómnibus para Tacuarembó. Un coche de esos "que ya no vienen más". Tuvo que agacharse para no tocar el techo.

Saludó a todos, dejó un canasto con huevos en el fondo y se sentó al lado del

Vasco, un hombre que arrienda unas cuadritas en unos cerros imposibles.

Empiezan por hablar del tiempo:

-Uta, si sigue esta seca, usté se las va'ver mal, don Ambrosio. Lo qu'es la papa...

-Y... la vida del chacrero es eso nomá, Vasquito... Si llueve porque llueve, si no llueve porque no llueve...

Armó un cigarro y pasó el paquete al amigo:

-¿Y sus cosa como andan, Vasquito?

-Salga de ahí, don Ambrosio... Hoy un vencimiento, mañana otro. Hay noche que no duermo, le garanto... Usté entra en los Banco y no sale má.

* * *

Llegaron al pueblo. Se despidieron:

-Voy al Banco, hablo con el Gerente, un hombre muy gaucho que mi arregla todo... "Pa' que están los amigos", dice. Me hace firman un mundo de pápele... y me sube unos punto má el interés...

-¡Mire usted!.. Bueno Vasco, viá ver si vendo estos güevos y hablo con el patrón p' arreglar varios asunto...

* * *

Entró al café donde acostumbra parar el patrón. El mozo ya lo conocía:

-Don Polo no ha venido, pero no va a demorar. El siempre se toma ocho o diez cañitas a esta hora. ¡Milagro no ha llegado!

Se sentó junto al ventanal. Un mundo de gente andaba en la calle. La mirada de don Ambrosio resbalaba sobre cosas y gentes sin mirar.

Pidió una caña. Después otra.

En una vio al Vasco cruzar apurado, caminando como con los talones, molesto por las botas. Le dio lástima. El venía de alpargatas, nomás, "así como estaba". Claro, él no iba a los Bancos.

Pasaban mujeres bien vestidas, con un andar que llevaba la vista.

Don Ambrosio se consolaba:

-¡Salga! ¿Qué haría un chacrero con una mujer linda? Me quedo con mi vieja nomá...

* * *

Recibió un fuerte palmotazo en la espalda.

-¡Cómo anda, viejo! La gente bien, usted bien... ¿y la hija siempre buena moza? ¡Ah, suegro viejo!

Le molestaban muchas cosas de don Polo. Pero que le dijera "suegro" era algo que lo crispaba.

Sin embargo, trató de sonreír.

-¡A ver, Juancito, serví aquí, a este amigo!...

Quiso rechazar el envite:

-¡No faltaba más, viejo! Esta la pago yo...

* * *

Hizo el viaje de regreso sin conversar. Apretaba las mandíbulas, porque de lo contrario le parecía que iba a explotar, que iba a mandar a la miércoles a todo y a todos.

-Si seré hombre infeliz -pensaba-. Fui a decirle al patrón que precisaba un galpón, semilla, herramientas... como habíamos quedado. Y algún peso aunque sea pa'dotor y me vengo sin decirle nada... Claro que don Polo, cada vez que iba a hablar, le palmeaba la espalda:

-Déjese de problemas, viejo -decía-. Tome la otra, que hoy pago yo. Después hablamos de eso. ¡ Ah, suegro viejo!...

Así hasta que llegó la hora del ómnibus.

Ahora volvía a las casas sin nada, y para peor "medio mamau"...

* * *

La pobre mujer lo acostaba. Le daba un té de yuyos.

-Viejo, otra vez tomó, mi viejo...

-Qué quiere, vieja... el patrón... pero será la última vez...

Después don Ambrosio se arqueaba y vomitaba "como si fuera a echar las tripas".

De a poco se le iba el malestar y se le aclaraba la cabeza.

Al rato la mujer acostaba a los muchachos todos en una cama. El más chico a los pies de ellos. Se acostaba a su vez y apagaba el candil.

Don Ambrosio empezaba a ponerse pesado: -Viejo... ya'stás fatal. Siempre que toma se pone así... ¡Viejo! Después la pobre se daba vuelta y dormía como un tronco.

Don Ambrosio armó un cigarro a lo oscuro, y otro, y otro...

Esa vez demoró mucho en dormirse.

* * *

Empezó a sentir unos dolores tremendos en el vientre. Le iban de un lado al otro, le subían, le bajaban. Como si tuviera un ratón comiéndole las entrañas.

No dijo nada a nadie.

Seguía yendo a veces al pueblo. Volvía siempre sin nada y cada vez más "encañau"...

Hasta los vecinos empezaron a comentar:

-¿Vido como está chupando don Ambrosio?

* * *

El hijo lo puso sobre la rastra hecha de troncos y lo llevó a las casas. Lo acostaron, pero él no estaba cómodo de ninguna manera. Ni hablar podía, casi.

* * *

El doctor lo revisó medio a la ligera.

-Dolores al epigastrio -dijo.

Recetó cuatro remedios y un tratamiento y se fue.

Los vecinos llegaban a visitarlo. Enseguida se les acababa el tema.

-¡Pué... sí!

-Es así nomá...

-¡Mire usté!...

También vino la "médica" del lugar. Mujer respetada y temida.

Dijo que los doctores eran "una manga 'e burros" que lo único que tenía don Ambrosio era "una Úrsula al duodécimo". Le mandó tomar unos yuyos, le hizo unas simpatías.

-No sea flojo, hombre. Yo se lo saco como con la mano...

* * *

Se fue secando en vida. Los pensamientos lo martirizaban.

-No m'importaría reventar -pensaba-. ¡Pero qu'irá ser de mi pobre gente!

Las muchachas de sirvientas, los gurises de peones de estancia.

Contra eso había luchado toda la vida.

-¡El que quiera esclavos que los haga! -decía siempre.

* * *

Lo llevaron al Hospital. Lo abrieron, frunció la nariz y lo volvieron a cerrar.

* * *

Ahora anda otro detrás de los bueyes, meta picana, de estrella a estrella, seguido de gurises marrones y panzudos.

Hace un surco para él, descansa y empieza otro surco "pa'l patrón". Está esperanzado el hombre. Don Polo dijo que sí a todo, que también se había hecho de abajo...

EL VIEJO CLARO

Bajó el terraplén, ganó el camino y comenzó a caminar lentamente. Quería encontrarse con el hombre justo al cruzar el pequeño arroyo que cruza la senda.

Al doblar el recodo lo tuvo muy cerca.

Llevó instintivamente la mano al bolsillo del pantalón. Esto le dio una sensación de seguridad. Nunca estaba solo si llevaba el revólver.

El otro no dio señales de inquietud y siguió caminando.

-Que te compre el que no te conozca- se dijo el viejo.

En el paso se encontraron. Don Claro extendió la mano en ademán cordial:

-¿Qué tal, amigo?

Cuando el otro hacía lo mismo el viejo le dio un violento tirón y lo atrajo hacia sí con fuerza.

-Hijo de mil...!

El insulto se quebró en la boca del hombre.

Don Claro lo abrazó y trató de "quebrarlo", pero el otro ya había perfilado el cuerpo y ahora echaba las caderas hacia atrás, evitando que le cerrara el abrazo.

-¡Maldito!- dijo el viejo.

Sus dedos se fueron abriendo lentamente. El otro era el que lo abrazaba ahora, buscando "quebrarlo" con potencia de fiera.

El sol se detuvo un momento sobre el cerro. Después se hundió de golpe, como tragado por la tierra.

* * *

De joven había sido muy rebelde con la Policía, como la mayoría de la gente. No era con dos ni con tres milicos que lo sujetaban, cuando "resolvía desacatarse".

Un Comisario, "cosario como una fiera" fue -aunque parezca mentira- el que lo convenció para que entrara en la Policía.

-Pero no se' ni lér- había dicho.

-Pero, ¡sabes echar p'adelante!

Cuando quiso acordar había dejado las tropeadas y andaba "con la ropa gruesa".

Andaba como disfrazado, porque no le pudieron conseguir ropa como para él, "semejante hombre".

A veces algún pasajero, cuando estaba de servicio en la Estación le soltaba la risa al partir el tren. Don Claro lo seguía al trote, revoleando sable, malo como un león.

* * *

Se encariñó con el uniforme y sintió el honor de llevarlo. Tocarle la ropa al viejo Claro era como pincharle un ojo a un tigre. Se había destacado en infinidad de procedimientos peligrosos. Aparte de que no conocía el miedo era un "asunto serio" en la lucha cuerpo a cuerpo.

Ahora tenía años para jubilarse y no le habían colgado ningún "fideo" en la manga. Tenía todas las condiciones, pero era analfabeto. Se podía ser comisario y no saber

leer ni escribir, pero de escribiente para abajo, la cosa era distinta.

* * *

Fue un caminante el que le enseñó la técnica de la lucha cuerpo a cuerpo. Llegaba cada tanto -cinco o seis años- con un cuaderno grasiento lleno de sellos de comisarías, escuelas y estaciones. Se lo mostraba a Claro:
-¡ Pah!... ¡ Lo qu ' es capaz de caminar un hombre!
Aprendió toda clase de cosas. Un dedo puesto en determinada parte del cuerpo, era hombre que quedaba "flojito". Una zancadilla oportuna y hombre al suelo. Un tirón seco, dado a tiempo, desacomodaba "al más pintado".
A veces paraban:
-Se te va a llenar la cabeza de cosas -decía el caminante-. Seguimos mañana. Aseguraba que todo lo que sabía lo había aprendido conspirando en el Paraguay. Don Claro no conoció nunca hombre más inteligente.

* * *

La noche había caído de golpe y la estrella guía parecía un farol parpadeando sobre el cerro.
El murmullo del agua entre las piedras era apagado por el ruido de los pies de los hombres y las jadeantes maldiciones.
El viejo empezó a sentir cansancio.
-Peché con el horcón del medio-, pensó.
El hombre era duro y flexible, como hecho de acero, y terriblemente hábil.
El viejo era todavía muy fuerte y ágil. La lucha no se definía.
Caían y se levantaban como un resorte. Enseguida estaban otra vez prendidos, entremezclando el aliento, juntos hasta el pecho y separados de abajo. Como dos mamboretás.
Don Claro trató de mantener el abrazo y evitar una caída entre las piedras.
El hombre, cuando se separaban un segundo, se agachaba como para sacar el cuchillo de la bota. El viejo se le echaba encima, como un gato.
Se sentía viejo, a medida que avanzaba la lucha, como si todos los años se le hubieran venido encima de golpe.
Lanzó una imprecación. El Comisario estaba allí nomás, escondido en el puente, y no salía. Hasta del pito se había olvidado.

* * *

Al Comisario lo habían puesto "a dedo". Otro que andaba disfrazado cuando recién se puso el uniforme. Parecía cualquier cosa menos un comisario.

* * *

Cuando el procedimiento "en lo de Rodríguez", ya se había visto que el hombre "era una desgracia de flojo".
Los hermanos Silva fueron a deshacer el baile. Empezaron por meterse con las mujeres, después con los hombres. No era la primera vez que hacían eso.
Vinieron corriendo a buscar a la Policía. El escribiente y el segundo andaban de

recorrida.

El Comisario aquella vez fue don Claro:

-Déame al Nato Chibica y yo se los traigo charqueaus...

-Mandamo llamar al resto de la gente...

-¡Qué gente ni gente! Pa' dos hombre alcanza con dos hombre!...

El Comisario quedó solo en la Comisaría.

Después comentaba el viejo:

-Hastá el gurí más chico mío si lo nombran Comisario, va encabezando el procedimiento...

* * *

Para este procedimiento lo había elegido a él. -Más vale andar solo que mal acompañado -pensó Don Claro. Los demás policías, en partidas, registraban la sierra. Ellos venían de particular, por la vía, cuando una figura se recortó un instante contra el filo del cerro, camino abajo. -Ese es el hombre -dijo el viejo. Como el superior "no ataba ni desataba" propuso: -Usté se escuende n'el puente y yo bajo al camino. Cuando lo enfrente lo abrazo. Usté sale y entre los dos lo dominamo...

El otro no dijo "ni que sí ni que no".

Don Claro bajó con un presentimiento.

* * *

La ropa de los dos estaba hecha jirones. Los pedazos se adherían a los cuerpos sudorosos.

El viejo pensaba en el revólver.

Recordó al caminante paraguayo. Se había olvidado de muchas cosas durante la pelea.

El rival se descuidó un segundo. Le hizo una hábil zancadilla y una "llave" dio con el hombre en el suelo.

El viejo dio un salto atrás con sus últimas fuerzas. En su mano brilló el revólver:

-No sé cómo no te mato, hijueperra.

Resoplaba, encorvado, la vista fija en los ojos del hombre, el arma recta al pecho.

Estaban en las declaraciones cuando entró don Claro. Tiró un envoltorio sobre la mesa:

-Aquí tienen mi ropa; que se la ponga otro...

Lo miraron con asombro.

-Pero don Claro-dijo el Segundo-. ¡Nos va' dejar!

-Yo no estoy pá pasar vergüenza...

-Pero si pudo con el hombre, y lo trajo preso. ¡Y eso que era un Sargento del 5º!...

-Sí. Pero no me sobró nada. En otra viá pasar vergüenza. Y yo no llevo el uniforme pa' la risa, como algunos...

EL TRISTE

Cuando se vino a saber que el negro Triste vivía con la galleguita Gutiérrez la gente se quería morir.

Ella, una muchachita blanca y delicada. Él, un negro viejo y feo "como insultar a Dios".

-¡Un rangotango! -decía Pereira.

El asombro venía por eso, y porque el Triste era el hombre de confianza de los gallegos Gutiérrez.

No porque la galleguita no anduviera buscando, desde tiempo atrás la horma del zapato.

Ya en los bailes se había visto que tenía "una sangre bárbara".

Al regreso del baile del Cerro del Portón, lo que hizo en el camión no es para contarse. Y con el pardo Rodríguez...

-Como caldera 'e tropero -comentaba doña Rosa. -Hirve con cualquier basura...

¡Pero con el Triste!

* * *

Le decían Triste así como a un hombre grande le ponen "Chiquito". Porque el negro lo menos que tenía era de triste. Andaba siempre a las risas, como si le hicieran cosquillas de continuo. Hasta cuando estaba enojado, se reía.

Había venido hacía años, allá de por Minas. Era domador. Hizo unas changas en lo de los gallegos, se ganó la confianza de ellos y se quedó para toda la vida.

Los gallegos hacían chacra hasta arriba de los cerros. Metían las carretas donde otros no entraban ni a caballo.

La gente no había visto nunca gallegos chacreros. Mercachifles sí, ¡pero chacreros!

-¡Como ver un burro parejero! -decían.

La cuestión es que los Gutiérrez sacaban carretadas de maíz, lino y "lo que pidieran".

Trabajaban no de sol a sol, sino de estrella a estrella. Esto es, mucho más que de sol a sol.

El Triste se hizo chacrero, también. Trabajaba a la par de ellos.

Con el tiempo los gallegos -que eran dos- pudieron comprar unas cuadritas. Se casaron y cada cual agarró por su lado. Eso sí, la estanzuela del uno no distaba tres leguas de la del otro. No querían separarse mucho.

Seguían haciendo chacra pero dedicaban más atención a la cría de ovejas. Aquí fue donde verdaderamente hicieron plata.

* * *

El Triste vivía ahora echado para atrás. Una temporada en una estancia, otra en otra. En cualquiera de las dos entraba y salía por donde quería.

A las gallegas viejas las había visto "hasta en bombacha", tanta era la confianza.

Ya no trabajaba casi. Había formado una buena tropilla. También una puntita de ovejas.

-Una paponia -decía-. Los gallegos las cuidan, las esquilan, venden la lana. Yo solo recibo la plata...

* * *

Los gallegos eran los caudillos del lugar.

Cuando se aproximaban las elecciones, el Triste recorría los ranchos en nombre de ellos. Después pasaba los datos:

-La vieja Rosaura ta dudosa... En lo Fagúndez andan en el alambre...

Allá iban los gallegos, apretaban donde había que apretar, y el electorado respondía como tiro.

Ser el brazo derecho de los gallegos en esto, le daba al Triste mucha autoridad.

* * *

Por las mujeres sentía una debilidad desmedida.

-¡Como león bayo! -decía Machadito.

Por eso en los bailes siempre había problemas.

Lo dejaban entrar, más que por él, por los gallegos.

El Triste no se aguantaba. Tomaba unas cañas y sacaba a bailar a las muchachas más lindas. Apretaba y metía rodilla sin consideración, por si hallaba flojera, seguro. Lo llamaban aparte:

-Dejate de molestar a la gente. ¿Me querés terminar la ruñón?

En el baile de la Escuela se pechó con el horcón del medio. Una vieja amenazó a la Comisión con retirar "las chiquilinas".

Dieron intervención al Oficial. Este lo agarró en la cantina:

-Te dejás de molestar o te saco del baile...

El Triste quiso avanzar, abiertos los brazos:

-Pero, hermano, vos me conoces, soy hijo de los gallegos...

El policía lo paró en seco. Tenía la chaquetilla abierta, la mano en el cabo del revólver:

- Nunca te vendí pasteles pa que me tutiés. Me cago en vos, en los gallegos y en la plata d'ellos...

-¡Pero hermano!

-Te sosegás o te llevo a palos a la Comisaría! Te viá dar "hijo de los gallegos"! Después de eso las cosas le empezaron a andar mal. En un baile lo pararon en la puerta:

-No se almite gente de bajo color.

-¡Pero hermano! ¡Soy el Triste, hijo de los gallegos!...

Había traído otros negros del Queguay, seguro de su influencia.

-Soy hijo de los gallegos... -repitió, implorante.

-Aquí negros degenerados no entran ni aunque sean hijos del presidente...

* * *

La galleguita se había criado, puede decirse, con el Triste. Lo seguía a todos lados, lo enloquecía a preguntas. De noche, en la cocina, se ponía entre sus rodillas. El

negro inventaba unos cuentos fantásticos, que asombraban a la niña. Cuando iba al pueblo imposible que no le trajera algo.

-¿Qué me trajiste? -preguntaba.

Se hacía el enojado:

-Si no hay besos p'al Triste no hay caramelos...

Ella lo cubría de besos. Después le revisaba todos los bolsillos, iluminaba el rostro, saltaba de alegría:

-¡El Triste me trajo caramelos!

* * *

Aquella vez estaban, como siempre, en la cocina. La mujer rodeando el fogón. El gallego amargueando y charlando con ellos.

El Triste acariciaba a la niña por debajo de la pollera.

Quién sabe en qué momento la carne tibia le puso al negro aquel pensamiento en la cabeza.

-Si seré bárbaro -pensó-. ¡Con lo buenos que son conmigo!

Empezó a pensar, contra su voluntad, en aquella carne y en aquella piel.

Se fue a pasar una temporada en la otra estancia. Volvió al tiempo sin haberse podido sacar aquello de la cabeza.

Encontró a la muchacha hecha casi una mujer. Siguió con las caricias, más y más intencionadas cada vez.

Al principio no podía soportar la mirada limpia y la inocencia del gallego. Se sentía un delincuente.

Después perdió la vergüenza por completo.

-Un trabajo que ni un ingeniero -se decía, orgulloso.

Así pasó lo que pasó.

* * *

Lo vinieron a descubrir por una de estas cosas que no tienen nombre.

Claro, se había "amansado" en demasía.

La gallega vieja, desvelada, fue a ver si la nena -que estaba algo engripada- se hallaba bien arropada.

Cuando comprendió lo que pasaba, lanzó un alarido horrible.

El negro saltó por la ventana, pero se quedó cerca.

-Si le pegan a la botija -pensó- tendré que defenderla...

Pero el gallego reaccionó en forma inesperada:

-M'hijita, m' hijita-decía-. ¡Qué papel me ha hecho! ¡Qué mozo la v' a mirar ahora!...

Sollozaba, como si estuviera ante la hija muerta: ¡Qué mozo se v'a querer casar con usted! ¡Qué barbaridad! El Triste fue al galpón, ensilló y partió sin rumbo.

Había hecho una de esas cosas que no se tapan "ni con un poncho patria"...

EL BOLEAO

El tren dejó varios vagones en aquella pequeña estación, entre los cerros. Un coche grande, con una jiba al medio, para los ingenieros. Vagones comunes -adaptados- para los peones. Otros para herramientas y eso.

Comienzan a trabajar. Los paisanos que llegan al boliche miran de lejos la rara operación.

Hay un rubio alto, los mechones asomando bajo el casco explorador. Pantalón kaki tipo militar; polainas -por las cruceras, seguro-; chaquetilla también militar.

Acomoda el trípode y aplica el ojo, agachándose. Cosa de sesenta metros un pardo petiso sostiene la regla, duro, como milico presentando armas.

El rubio hace señas con la mano izquierda, sin dejar de mirar:

-P' acá... así... otro poco. ¡Estáte quieto ahora, negro animal!

Como si el otro pudiera oírlo.

Se van acercando de a poco. El rubio siempre reculando, haciendo! señas y rezongando. El otro avanza al compás.

De pronto el Negro López, que capatacea una estancia cercana, sale corriendo:

-El Boleao Guerrero -grita-. ¡Pero si es el Boleao!

Baja la barranca medio a los tumbos.

-¡El Boleao ingeniero! -murmura-. Cura, todavía, ¡pero ingeniero!

* * *

De tardecita se reúnen al pie del vagón. El Negro trajo un cordero, que se va dorando despacio mientras corren el mate, la caña y los recuerdos. -¿Te acordás de la Estancia "El Relajo"? -¡Mira si no me vi' acordar! Se matan de risa el Boleao y el Negro.

Los ingenieros jefes -Scarone y Campitos- van de asombro en asombro:

-La historia de este hombre es increíble -dicen-. ¡Pero siempre aparece un testigo!...

El fuego recibe las primeras gotas de grasa y se expande en luz.

Como si también festejara las cosas del Negro y el Boleao...

* * *

Le pudieron haber puesto otro nombre peor. ¡ De chico había soñado con tener un mameluco de esos de mecánico, llenos de hebillitas y ganchos. En un remate en Totoral el viejo Guinea le compró uno.

Recién se lo había puesto y andaba luciéndolo, entre gozoso y abochornado-por la falta de costumbre- cuando le vinieron unas ganas locas de ir del cuerpo.

Miró para todos lados y solo vio gente. Enderezó hacia un bajo, a cuatro cuadas. A la carrera iba tratando de desprenderse las hebillas y ganchos. No tuvo tiempo. Regresó con la cabeza gacha, las piernas juntas en las rodillas, caminando como si pisara huevos. Si no es por el viejo Guinea, que se opuso terminantemente, le ponen el otro nombre. Pero al "Boleau" no se lo pudo sacar nunca más de encima.

* * *

Era un gurí cuando resolvió irse del pueblo.

Armaban unos partidos de fútbol en la calle que duraban hasta la noche. Hasta que vino aquel comisario. No habían gritado "araca la cana" cuando ya tenían encima al muy corsario, repartiendo sablazos.

No era fácil agarrar muchachos criados a sol y monte. El comisario, entonces, deshacía la pelota.

-¡Te viá curar el talón con sebo! -dijo el Boleao.

Maduró y maduró la venganza.

Aquel día volvió el comisario. Parecía un emperador con su uniforme brillante, el caballo tordillo escarceador.

Armó el desparramo acostumbrado. Después ordenó al viejo Froilán, señalando la pelota:

-¡Tráila p' acá!

Le metió cuchillo sin lástima. ¡Una pelota flamante, comprada con incontables bolsas de abono vendidas en las quintas!

Erguido y soberbio fue al río, a dar agua al caballo, como siempre. De pronto el animal se hundió en la arena, piafó, pateó y lanzó al comisario al agua, con su flamante uniforme.

Atravesó el barrio lleno de gente en las veredas -como en los desfiles- arrugado el uniforme y el cuerpo. Parecía como si hasta la autoridad se le hubiese arrugado.

El Boleao, que ya tenía más de una "disciplina" en la Comisaría, desapareció del pueblo, con buen tino.

Y así comienza su insólita experiencia campera...

* * *

El viejo Guinea araba chacras por un tanto. Entraba con bueyes y todo.

Era muy bueno, pero trabajador hasta por un demás. A las 4 ya estaban amargueando, y al ratito nomás, pisando terrones.

En invierno, con unas heladas negras, lo mismo.

Al Boleao le gustaba trabajar, ¡pero de esta manera!

Estuvo pensando y pensando cómo sacarle la costumbre al viejo.

-Te viá curar el talón con sebo...

Un día descubrió que el buey barroso, con solo tocarlo con el clavo detrás de la oreja izquierda, se ponía como loco. Cortaba el surco y arrastraba a don Guinea.

Todos los días pasaba lo mismo. Antes de salir el sol, el barroso andaba loco y no se podía trabajar. Después araba tranquilo todo el día, como si nada.

Don Guinea vivía preocupado por esto:

-¡Pero el barroso viejo nada meno!

Una madrugada, amargueando, aventuró el Boleao:

-Yo creo, don Guinea, que el barroso viejo lo que no quiere es trabajar antes de salir el sol...

-¡Pero mire si el barroso! Ucha gurí abombao, mismo...

El Boleao cerraba el pico.

-¡Pero que te curo, te curo, viejito! -pensaba. Un día el buey cortó el surco, sacudiendo la cabeza enloquecido, y arrastró a don Guinea como cien metros. El viejo se salvó porque por algo se había criado entre terrones.

Desde entonces no se trabajó más hasta que el sol estaba a dos picanas sobre el horizonte...

* * *

En la portera había una chapa que decía: "Estancia La Querencia". Después que estuvo el Boleao se olvidaron de la chapa y empezaron a llamarle: la "Estancia El Relajo"...

* * *

Se presentó al capataz:

-¿Sabe ordeñar?

-No señor...

-¿Sabe enlazar?

-No señor...

-¿Sabe domar?

-No señor...

-Y entonces ¿pa' que miércole sirve?...

-Pa' lo que usted mande...

Talvez la simpatía del rubio desarmó al hombre. Lo puso de cocinero.

-¡Ah! ¡pa' esto soy bueno mismo! -dijo el Boleao.

En la primera cocinada gastó todo el surtido de la semana. Hubo mandar a Chamberlain de apuro. Los peones lo tenían loco a cachadas.

-Yo los viá curar...

Poco a poco fue agarrando la mano. Se hizo muy buen cocinero. Un día descubrió un nido de ratones en el galpón. Se frotó las manos:

-Los viá curar...

Echó los pichones en el guiso. Blanquitos...

-¡Como negros chicos! -se reía.

Peón de estancia es poco delicado en cuestión comida. Si no, no sería peón de estancia. Pero aquel guiso era cosa aparte.

-¡Qué guiso que ta bien güeno! -dijo un pardo jetón.

-¡No va es tar! Con pichones de ratón... Recién entonces empezaron a notarle "un algún gusto". Otro descubrió un huesito. Abandonaron la cocina a medio comer.

No lo echaron porque el Boleao es un hombre que nació parado.

* * *

Al pie del vagón siguen las carcajadas del Negro y el Boleao. Y el asombro de Campos y Scarone.

-¿Te acordás cuando carneaste el guacho embretador?

-¡No me vi' acordar!

-¿Y cuando fuiste a la Estación con traje de murguista?

-¡Juá... juá!

La grasa y el fuego siguen su diálogo. A veces explotan en luz, como si también rieran a carcajadas.

* * *

Cuando salió del pueblo sabía que el campo era verde porque así lo pintaban en la Escuela. Ahora el campo se le estaba metiendo adentro, y él adentro del campo.

* * *

Un día se comidió para carnear. Porque a comedido primero él. El capataz dijo que sí. El Boleao correteó unos cuantos lanudos, hasta que reparó en uno mansito que dormitaba bajo un tala, junto al corral.

-A vos mismo -dijo. Y le metió cuchillo. Cuando vino el capataz casi se muere.

-¡Qu'hiciste, animal! ¡Mataste el guacho embretador!

* * *

En aquella estancia había diez peones y veinte agregados. Se armaban unas timbas en el galpón "que sacaban una tierrita". A veces, el Boleao perdía hasta la ropa. Entonces se ponía un traje de murguista que había traído del pueblo. Con él hacía toda la faena. Era una risa.

Esa vez le ordenó el capataz:

-Tenés que dir a Chamber a buscar los patrone...

Pidió prestada la ropa que había perdido. Pero el otro, combinado con los demás, se la negó. El Boleao lo barajó en el aire:

-¡Te juego la ropa a que voy a la Estación con traje de murguista!

-¡Jugau...!

Subió al carro y marchó.

Recibió a los patrones -un ingeniero de la ciudad y una niña bien, heredera del campo- con pantalón de bolsa y saco tipo smoking. Pantalón bordado con lana de todos colores. Saco negro -las puntas más debajo de las rodillas- con pompones verdes, rojos y amarillos...

-Andamos medios escasotes de ropa...-dijo presentándose. El hombre se puso muy serio. Pero a la señora le causó mucha gracia el desparpajo del Boleao. Todo el viaje vino riéndose.

* * *

Tenía como un antojo de aprender a domar.

-Mira que no es pa' cualquiera -le decía el Negro.

-Lo que hace otro hombre lo hago yo también -contestaba el Boleao.

Y aprendió a domar.

Salían a recorrer con el Negro. En un bajo, contra el monte, se ensayaba.

A veces el Negro, en vez de apadrinarlo se quedaba a reírse, tirado en el pasto.

Después en vez de reírse, se asombraba:

-¡Vos debes de ser mágico!

Porque el Boleao no solo se hizo muy buen domador, sino que les enseñaba cualquier cosa a los caballos.

-Menos hablar...

* * *

Ahora le está explicando al Negro "como se vino a hacer medio ingeniero".

-Buena letra siempre tuvistes...

Le muestra grandes pliegos de papel con dibujos y rayas:

-Perfiles de puentes... ésta es la alcantarilla que está frente a tu estancia... curvas a nivel...

-¡Para, para! -dice el Negro- ¡ A mí hablame de vacas y ovejas!

Trabajaba como peón en Rincón del Bonete.

El río estaba bravo y había que hacer unas mediciones urgentes. Pidieron un voluntario. Se presentó el Boleao. Le dice al Negro:

-¡Esa fue la jineteada más brava que eché en mi vida! ¿Vos sabes lo qu'es un bote haciéndose pa todos laos?...

La simpatía del Boleao conquistó a los ingenieros. Lo llevaron a vivir con ellos. Cocinaba, limpiaba, les hacía cuentos "de agarrarse la barriga". Estaban encantados con él.

Para mejor, un hombre muy discreto en cuestión mujeres. A las gringas les gustaban "los morochos orientales". El Boleao sabía todo pero nunca veía nada. Y hay que ver lo que se aprecia eso.

-Vos tendrías tu rebusque también -dice el Negro-. ¡Mira qué ternero!

-Alguna sirvientita... Vos sabes que siempre me gustó lo criollo...

De noche le enseñaban matemáticas, álgebra y eso. De día lo hacían practicar. Así "se vino a hacer medio ingeniero".

* * *

Fue chacrero. En la estancia se hizo "campero completo".

Después recorrió el país tropeando. Conoció los soles, las heladas, las marchas lentas.

Esos veranos rajantes. El ganado a la sombra. El tropero al sol.

Noches de dormir solo un ratito, con la rienda en la mano. Camine de madrugada, pare cuando el sol se quiere poner de punta.

Temporales de aguantarlos solo con el poncho. De salvar -y menos mal- el tabaco y los fósforos.

¡Y ahora anda con los ingenieros! ¡Y sacante la Universidad, sabe tanto como ellos!

-Un hombre que con estudeo, llega a Presidente -dice el Negro.

* * *

Está contento en el ferrocarril. Es como tropear. Hoy aquí, maña allá. Siempre en el campo.

El día que lo dejen en las oficinas, se muere.

MULITERO

Empezó por una nada.

De tardecita caminaba por la calle solitaria. De ambos lados los campos interminables de la Estancia.

Mandaba al amigo -el perro- que se metiera en el campo, no más de treinta metros. Veía solo la cola, moviéndose de un lado a otro entre el pastizal.

Cuando encontraba una mulita el perro lanzaba unos aullidos breves , apenas audibles. Luzardo entraba entonces, mirando a todos lados, receloso; tomaba la mulita que el Amigo mantenía apretada -sin lastimarla- la metía en la bolsa y al camino otra vez.

En un rato cazaba seis o siete.

Así se estaba ganando la vida últimamente.

* * *

La Estancia está en un alto, asomando la mitad de su cara blanca por entre los álamos, como atisbando al pueblo.

De noche se ve una luz única, como un ojo.

El otro ojo de la Estancia son los Medina, "brutos lambetas".

Entre el pueblo y la Estancia hay un odio silencioso, que viene de lejos. El que saca un palo seco de la resaca, va preso. El que atraviesa el campo, también.

El pueblo se desquita. Nadie del lugar trabaja allí, por plata ninguna . Un acuerdo que nació solo y que cumplen todos. Menos los Medina:

-Les van' a pagar con una patada, como al finau Góme...

* * *

Los peones vienen de lejos y duran poco. Quince días, a lo más. La carne de chivo viejo, la galleta dura, los acobarda:

-Todo blanco. El caldo, la carne, la gayeta. Usté no pincha un moñato, un zapayo, una nada...

Los capataces tampoco duran. Se sienten más solidarios con el pueblo que con la Estancia.

-¡Hay que tener alma pa' cumplir esas órdenes!...

Ahora han encontrado al hombre, un pardo de Tranqueras que no habla una palabra en castellano.

El pardo se ensaña con el pobrerío. Cuando encuentra alguno cruzando el campo -la Estancia rodea al pueblo- se le viene encima a caballo, lo hace rodear con los perros:

-¿Vocé eré qu' este campo es du Estao?...

Con el caballo y los perros lo lleva hasta la calle. Cerca ya, lo despide con un chirlazo:

-¡Prá ti e demais morto de fame!

La Policía hace el resto.

El Capataz y la Policía son los brazos de la Estancia. Dos brazos largos...

* * *

Luzardo vino a hacer carbón, nadie sabe de donde. Él, para meter hacha y sacar un buen carbón se tenía fe, mismo.

Duró poco. El viejo Medina era el encargado de controlarlo. Se metía en todo.

Luzardo no se aguantó:

-Últimamente yo hice trato con la Estancia.

-Aquí la Estancia soy yo...

-¡Usté es un viejo lambeta, lo qu'es!

Medina viejo echó mano pero no llegó al cuchillo. Lo paró un algo del rubio:

-Mira viejito: a mí promesas no...

Dejó el trabajo pero se quedó allí, como si el pueblo lo sujetara.

Se diferenciaba en que era casi albino y alto. La mujer y los hijos igual. Entre aquella gente retacona y de color "más bien bajo", llamaba la atención.

* * *

Notó que las mulitas, encerradas vivas en la barrica, enflaquecían y la carne tomaba mal olor. El viejo Almada le dijo:

-¿No ve que la mulita encerrada no orina? Ahora las tenía en una jaula de tejido, como para gallinas. Siempre que degollaba una mulita le pasaba lo mismo. El animal, como defensa, cruzaba las manos delante del pescuezo. -Com'un angelito rezando - pensaba. Después se consolaba:

-¡ Pero qué quiere, mijita! ¡ Hay que comer... hay que vivir! Mientras la limpiaba, murmuraba, como si hablara con una persona.

-Usté cré que si por mi fuera...

* * *

Un doctor de la ciudad le daba cualquier plata por una mulita. Un gringo que había estado en la guerra, comiendo hasta gusanos, también.

Con las demás "se hacía robar". El comisionista que las llevaba a Montevideo le pagaba una insignificancia. Luzardo protestaba:

-¡Usté sabe lo que hay que pelarse atrás di una mulita...!

Al final aflojaba. Siempre igual. Porque una mulita no es cosa de andarla ofreciendo

casa por casa. ¡Para que se entere todo el mundo!

* * *

Estaba escrito que los Medina se iban a enterar. El Comisario llamó a Luzardo:

-¿Qué andas haciendo por la caye?...

-¡Nada! ¡Qué vi' andar haciendo!

-Tengo las queja del Capataz de la Estancia...

-La caye es libre, creo...

-¡La caye no es libre, no señor! ¡Te viá dar libre!...

* * *

Estaba cazando ahora en el campo del Local. Un potrero pelado donde echan las tropas de la feria.

Alguna mulita aparecía, como perdida, salida de los espartillales linderos de la Estancia.

Luzardo salía del rancho a mediodía, daba un gran rodeo y de tardecita -la mejor hora- estaba en el lugar. Volvía de madrugada, casi siempre sin duda.

Cuando allá a las cansadas, encontraba una mulita, no era cuestión de dejarla ir.

A veces escarbaba horas en una cueva. Otras hacía viajes y más viajes -con un bolso de lona- con agua, hasta que el animal aparecía haciendo gorgoritos.

Empezó a sentir una rebeldía sorda, que lo carcomía por dentro y le hacía apretar los puños:

-Son dueños del campo... ¡y tamien de las mulitas!

* * *

Resolvió entrar nomás a la Estancia.

-Porque cazar mulitas, no es robar...

Al llegar al bajío, un lote de novillos relumbrosos levantó la cabeza a un tiempo, al verlo.

-¡Pah! ¡Como cinco vagones!...

Mentalmente sacó las cuentas de la plata que había allí.

-Con uno solo d'esos loco 'taba arreglau...

Los animales fueron haciendo un arco y amagaron venírsele encima. Después el trueno de las pezuñas hizo temblar la tierra.

Cuando los novillos se pararon en el cerro, a mirarlo otra vez, Luzardo ya estaba en la calle.

* * *

Entró despacio dejándose caer por la cañada y siguió por la orilla del monte, evitando la "invernada".

Ahora eran los teros los que lo "vendían", gritando como locos y viniéndosele encima.

-¡Pucha bichos bien alcagüetes, mismo! ¡Como los Medina!

Le parecía ver salir al capataz, al galope, chumbando los perros. "Achataba las pata".

De ahí en adelante empezó a entrar de noche.

* * *

El Amigo era un perro color blanquicento, más bien grande, sin familia.

Un perro lo que se dice perro. Para Luzardo era un compañero sin precio.

Un animal que se achataba entre los espartillos, junto a él, en caso de peligro, sin moverse ni ladrar. Ovejas y avestruces, como si no existieran.

Comadreas y zorrillos, igual.

Cuando agarraba un trillo era mulita en fija. Lo mismo cuando se paraba, señalando una cueva.

El Amigo era un perro "que le faltaba hablar, pero no precisaba"...

* * *

Poco a poco fue perdiendo el recelo. Entraba todas las noches a potreros que eran "una mina de mulitas".

Se internaba más y más solo por verle el final a tanta abundancia. Porque cazar, cazaba al regreso, ya cerca de la calle.

Empezó a sentirse un poco dueño del campo. A veces se sentaba a descansar, acariciando al Amigo, y le daba por pensar bobadas:

-Que lo lindo que sería sacar la grande y comprar el campo, sólo por las mulitas...

Porque a él, los novillos no le interesaban.

-Y pa' echar a los dueños, y prenderle fuego a la Estancia...

Y echar al brasilerero sucio, y llevarlo a mango hasta la calle." Y llamar a la gente y decirle: "Saquen leña nomá. Toda la que quieran"...

-Y yamar al Comisario y recibirlo con las pata arriba el escritorio y decirle: "Te acordás de Luzardo? Ahora Luzardo es el dueño de todo esto..." Y hacerse lustrar las alpargatas con él...

* * *

Esa noche, siguiendo el cañadón, se encontró de golpe con la Estancia, del lado de

atrás.

Estuvo en una loma observando todo, "casi arriba de las casas".

-¡Si supieran los Medina hasta donde les' yegué! ¡Y el Comisario y el brasilero cascarriento!...

Oía claramente los ruidos de las casas. La vieja Medina -cocinera de adentro- le gritaba a un peón "que vas a traer o no la leña" y que sé yo.

El brasilero insultaba a otro, en su dialecto fronterizo.

Un ganso lanzó un graznido estridente, que rebotó en los cerros y volvió hecho alfilerazos que agujereaban la noche. Los perros ladraron entonces, inquietos, de una manera que no le gustó a Luzardo.

Acarició al Amigo y se fue.

* * *

Las bocas de los ranchos se han llenado de gente silenciosa.

Han sacado del rancho a Luzardo, y lo traen casi alzado, un milico de cada lado. La cara ensangrentada, la ropa deshecha.

Lleva las manos cruzadas adelante, sujetas por las cadenillas que se le van hasta el hueso.

Atrás va el comisario, la fusta quebrada, despeinado, "las jergas corridas". Satisfecho, como si hubiera prendido un matrero.

Los Medina traen la jaula con mulitas, sonrientes.

Cierra la marcha el capataz, a caballo, rodeado por los perros, como empujando a todos.

La Estancia parece reírse asomándose entre los álamos, allá en la loma...

AQUELLOS TIEMPOS

Coronando la loma se volvió. Los otros se habían distanciado algo. Allí nomás, en el bajo, estaba el monte. Podía salvarse.

Picó espuelas. El caballo salió disparado, cuesta abajo.

Llegaba a los primeros espinillos cuando de adentro del monte salió al cruce un contrario. Lo conoció por la banderola, en la punta di lanza.

-¡Maldición! -masculló.

Había perdido su tacuara, en el entrevero previo.

Cuando el otro se perfiló para cargarlo, a los gritos, sacudiendo la lanza, notó que estaba muy borracho.

-¡ Si m' errara el bote!

Extendió el cuerpo sobre la tabla del pescuezo del animal, achicando el bulto.

Sacó el cuchillo con la izquierda y a la pasada se lo hizo correr de abajo a arriba. La sangre del otro le bañó el rostro.

Fue un instante, pero ya los demás le pisaban los garrones.

El caballo, boleado, se le escapó de entre las piernas. Cayó parado, cuchillo en mano, pronto a la defensa.

Un lazo silbó y le quemó el pecho. Cuando fue a moverse otro lazo lo inmovilizó.

Los que perseguían hicieron caracolear los caballos a su alrededor dejando tensas las sogas.

* * *

No conoce a quienes lo rodean, ni a los hijos. Pero sucesos lejanos desfilan con rapidez y claridad por su memoria. Están ahí, como si los volviera a vivir.

Igual que cuando el caballo se le voleó en el paso y estaba ahogándose. Una extraña serenidad le invadía, mientras entraba en una oscuridad como de pozo. Los hechos salientes de su vida pasaban rápidos, nítidos y cercanos.

* * *

Se cuentan hazañas increíbles de este hombre, en las guerras. Y también alguna hombrada en la paz. Pero él nunca habla de estas cosas:

-¡Cayese! Peliábamos de brutos, nomás, entre orientales. A los hijos les enseñó poco:

-El vecino hay que respetarlo y ladrón es l'último que puede ser un hombre...

* * *

Está atado a un molle viejo, de espaldas al arroyo. Se agita, haciéndose un arco, tratando de desprenderse. Sólo consigue que las llagas le sangren más. Rostros apenas dibujados por el fogón, se abren en carcajada:

-¿Lo vas a degoyar colgao de las pata?

-No ¡Paradito, nomá!

El pardo lo miró socarrón; pasó el dedo por el filo del facón y se fue acercando, despacio. Cuando levantaba el arma Soca le lanzó un escupitajo:

-Degüeyen, maulas ¡ Van a matar un blanco!

El otro se retiró unos metros, sin dejar de mirarlo:

-Retobao, el mocito...

Empezó a rodearlo, hasta ponerse detrás. Le metió los dedos en la nariz. La barbilla se levantó, dejando al descubierto el cuello amplio..

El cerró los ojos; pero el asesino le pasó el cuchillo por el lado del lomo:

-Hay que afilarlo má... -dijo.

Siguió pasando el cuchillo por una piedra lisa, lentamente, sin dejar de mirarlo. Se reincorporó y empezó a acercarse, otra vez.

-¡Suelten, gayinas! ¡ Maten peliando!

Trataba de desprenderse; fulguraban sus ojos en la semioscuridad.

Las carcajadas volvieron a resonar en el monte.

El hombre le puso el cuchillo a la altura de los ojos. La hoja brillaba, espejeante. El trató de salivarlo otra vez. Echaba espumarajos por la boca; las fosas nasales palpitaban como agallas.

El otro volvió a retroceder, sonriente. Siguió con el juego de afilar el cuchillo, mirándolo fijo siempre, sonriendo burlón.

* * *

Su padre había sido un hombre de capital. Él recuerda bien los muros de la vieja estancia.

Perdió todo. En la guerra, peleando. En la paz, llevando la gente a votar, que era otra forma de guerra.

Juntaba a todos los compañeros y marchaban. Los contrarios del mismo pago se agrupaban a su vez.

El grupo que llegaba primero a los pasos los copaba. Había que echar pie a tierra.

Casi siempre volvían con varios muertos sobre los caballos, sin haber podido llegar a las mesas.

* * *

En Cerros Blancos lo presentaron al General:

-Soca. De los Soca de Valle Edén...

-Todos guapos... -dijo solamente el caudillo.

* * *

Su compadre Llanes le hizo una vez una gauchada muy grande. ¡Pobre compadre!

Llegó de madrugada, uniformado, y le golpeó la ventana:

-¡Compadre! ¡Hay revolución! Vienen a prenderlo. ¡Juya!

Se vistió rápido. Descolgó la tacuara. Ya montado, se despidió de Llanes.

-¡Hermano! No sé como agradecerle...

-La guerra es la guerra, y la amista la amista... Pero si yegamo a toparnos compadre, tenga pacencia...

* * *

Volvió a forcejear. Volvieron a sangrar las heridas. Resonaron otra vez las carcajadas.

El del cuchillo se abrió del grupo y nuevamente comenzó a aproximarse. Lo miraba fijamente, con odio, el mismo odio que sentía él en toda la sangre, como nunca lo había sentido antes. No tenía miedo; solo furia, deseos de morir matando.

-¡Degüeyen, maulas, que van a carniar un blanco!

Cuando el otro estaba muy cerca, una voz, a su espalda, resonó cortante:

-¡Aja! Tienen atado un rebelde...

La luna, remontando los árboles, recortaba la figura erguida del jinete. Detrás había más hombres.

El pardo quedó tenso, el cuchillo detenido a la altura de la garganta del prisionero.

-Mató varios de los nuestros, mi teniente, en el bajo....

-¿Peliando?

El otro asintió, bajando la cabeza.

-¿Y vos lo vas a matar?

-Sí, mi teniente -dijo, envalentonado otra vez-. Si usté me da ese gusto....

El oficial desmontó, cortó las ligaduras y entregó su cuchillo al rebelde:

-Ahí lo tenés... ¡Matálo!

Soca se plantó, abiertas las piernas, casi agazapado, la vista recta al adversario. El cuchillo, adelantado todo lo que daba el brazo, describía círculos lentos.

El pardo quedó inmóvil, espantado. Después fue retrocediendo, hasta pisar los tizones.

-¿Qué hacés que no lo achuriás? ¡A ver, matálo!

Se dirigió a Soca:

-Elegí caballo y andáte....

Y luego al grupo:

-Y el que lo quiera seguir, que lo siga....

* * *

Sobre la mesa del comedor, están velando a Soca. Una sábana tirante lo cubre del cuello a los pies.

En la blancura destaca el pelo renegrado.

-¡Gran hombre aquel teniente! -había dicho antes de morir-. ¡Y qué tiempos!

Una sonrisa dulcifica el rostro del viejo guerrero muerto.

SOQUITA

El sabe bien que morirá aquí, en este pedazo de tierra arenosa que cada vez da menos maní. Como murieron todos los Soca.

Porque no es una tierra cualquiera, aunque sea pobre. Su abuelo la conquistó a lanza y chumbo.

En Montevideo mandaba Latorre y el Coronel -que era jefe político- quería todo el valle. Ofrecía dos por lo que valía diez; al que se negaba le quemaban el rancho o pasaban a todos a degüello.

Con abuelo Soca no pudo. Ni a las buenas ni a las malas. Eso es lo que tiene que cuidar Soquita.

* * *

Mi abuelo se lo pidió a mi padre y mi padre a mí, antes de morir.

-Usté ya es un hombrecito -me dijo.

Recuerdo que sólo tomé una de sus grandes manos de labrador, la puse contra mi mejilla y la tuve así mucho rato.

Él puso su otra mano en mi pelo.

Nunca él me había acariciado.

* * *

Había salido al aclarar, en el carro grande, hacia la Estación. Feliz, con el aire fresco, hablándole a los caballos, silbando.

Al llegar el jefe salió a recibirlo:

-A lo justo -le dijo-. ¿Te animás a arrimar a la hija de don Torre?

Ella había venido en el tren nocturno y hacía tres horas que esperaba que el padre la viniera a buscar.

-Es que don Torre quiere más una oveja que una hija -dijo Soquita malhumorado ya.

Porque la muchacha le complicaba el viaje. ¡Un viaje de dos horas, por entre la sierra, ella y él solos!

* * *

Don Zenón Torres vino y compró el campo que empieza en la Estación y termina en la chacra de Soca.

Un hombre que desde el principio se hizo odiar.

Lo primero que hizo fue desalojar a las veinte familias que hacían chacra en el valle, frente a la estancia.

Veinte familias más que agarraron para el pueblo, arrancadas de la tierra.

Pastoreo, cortó en seco:

-Tiene quince días pa sacar sus bichos...

Un pobre no tiene derecho a tener una vaca, ni siquiera pagando el pasto que come...

Torres viejo quiere todo para las ovejas: valles, cerros, pasto y piedras...

* * *

Soquita venía haciendo el viaje ceñudo.

Los caballos se afirmaban en las patas, subiendo la sierra. El látigo vibraba:

-¡Tire, Uruguayal! ¡Vamos, Zeino!

* * *

Empezaron a llegar ovejas y ovejas, majadas interminables.

El camino de la sierra era una mancha blanca que caminaba. Los balidos llenaban el valle.

Ovejas, capataz y peones venían del sur.

A Torres la chacra de Soca lo tenía enfermo, como un tumor en un costado.

Lo que le molestaba, era que estaba obligado a dar pasada.

El carro de Soquita iba y venía de la chacra a la Estación, de la Estación a la chacra.

Las ruedas habían borroneado una huella ondulante, que parecía una crucera gris en el verde del campo.

Cualquier plata daba Torres por aquella tierra. Se pechó, como todos los dueños anteriores; porque la chacra de Soca no se vende por plata ninguna...

* * *

Soquita aflojó el ceño. Ella lo miraba con dulzura, y sonreía. Sonreía siempre y hablaba poco. Una cosa que a él le gustó.

Preguntaba cosas de la sierra, de los animales y los pájaros.

Él contestaba ahora con un gozo raro que le había entrado en el cuerpo.

Ya no deseaba tampoco que apareciera de una vez el auto del viejo

Torres.

* * *

El arroyo baja rápido del cerro; forma una cascada, luego una pequeña laguna; y sigue bajando.

Ella estaba con los pies en el agua, absorta, mirando hacerse y deshacerse los remolinos espumosos.

-Marta...-dijo él.

La voz del agua borró sus palabras.

El muchacho se acercó y la tocó, con timidez.

Ella no se asustó, ni se sorprendió siquiera: sólo sonrió.

Así de sencillo fue todo. Como si se hubieran encontrado dos animalitos del monte.

* * *

Después nos veíamos siempre en ese lugar.

Subíamos a los cerros. Yo la llevaba de la mano. Allá nos sentábamos y estábamos juntos, muy juntos.

No me atrevía a tocarla. Hubiera deseado tomar su cara con mis manos, pero mis manos son gruesas y están muy agrietadas.

Ahora pienso que hablábamos muy poco, casi nada. En cambio reíamos mucho por cualquier motivo. Ella tenía una risa muy linda. Tal vez lo más lindo de ella era su risa, aunque también su mirada era muy dulce y limpia.

* * *

Soquita le fue enseñando toda su gran experiencia de la sierra. Los árboles, los pájaros, los animales, los nidos.

Para ella, todo era nuevo; un descubrimiento.

No podía imaginarse que las abejas hicieran grandes panales entre las piedras o en los huecos de los árboles.

El le explicaba que la gente pobre del lugar sacaba esa miel que después vendía en el pueblo.

Torres había prohibido también eso.

* * *

Torres se fue quedando sin peones. Los sureños se iban de a uno, acobardados por la soledad salvaje, las cruceras, el monte y los cerros.

Una cosa es pararse en los estribos y ver una legua a la redondilla, como allá. Y otra muy distinta aquello, con la vista chocando siempre contra paredones de piedra.

Andar a caballo al tranco, entre pedregales. Entrar en el monte y salir con los cojinillos deshechos y la cara rasguñada.

Entonces don Torres empezó a recorrer los ranchos. No tuvo suerte. La gente se iba a trabajar lejos, aunque él pagara mejor.

En lo de Saldivia había cuatro hombres fuertes:

-¿Es que aquí nadie quiere trabajar?

-Con usted, naidés...

Empezó a aceptar gente que venía de lejos y duraba poco. Lo justo para juntar algún dinero y seguir viaje.

* * *

Ella parecía un muchacho, con su pantalón vaquero y su blusa celeste. Después de todo, a mí todavía no me había salido bigote. ¿Sería por eso que nos portábamos así, sin malicia, sanamente? Nunca pude entender eso; mi comportamiento con ella.

Yo ya conocía mujeres. Ellas lavan en el arroyo, cruzan solas los montes, van a la

Estación o al almacén.

Me comporté como un salvaje con ellas y ellas conmigo.

Salí muchas veces con muchachas a recorrer la sierra, pero era todo muy distinto, y siempre terminaba en lo mismo.

* * *

Soquita sonrío. Piensa cuando la besó por primera vez. Ella puso la mejilla, y él la besó en la boca. ¡Qué hermosa cara de susto puso!

* * *

Me daba vergüenza mi ropa, tan tosca, hecha por mi madre; y mis manos tan grandes. Y mi pobreza.

Eso cuando me acostaba, cansado, y no quería dormir pensando en ella.

La veía y todo eso desaparecía. Eramos ella y yo, solamente. Eramos novios, ya...

* * *

Torres entró en la Comisaría. Se encaró, resuelto, con el oficial:

-Este mes me faltan más de cien ovejas...

-¿Usted se creó que estos campos son changa?

-Lo que pasa es que no se averigua...

-¡V'averiguar! Ponga veinte piones y las encuentra todas, muertas entre la suciera...

* * *

¿Por qué ella se enamoró de mí? Nunca lo podré saber.

Me preguntaba lo mismo. Tampoco yo sabría contestar...

* * *

Una vez se besaron mucho, demasiado. Estaban acostados sobre el pasto mullido y fresco, y sus cuerpos se buscaron con desesperación.

Se separaron al instante y quedaron mirándose, avergonzados.

Ella se levantó y se fue retirando lentamente, como si él le causara miedo. Luego se internó en el monte, hacia su casa.

* * *

Yo tenía mucho miedo de que ella me hubiera perdido la confianza o que se sintiera una cualquiera; que no volviera nunca más a ser la misma.

-Hubiera sido una lástima ensuciar esto tan hermoso -me dijo.

Ahora, que la he perdido para siempre, que viviré sólo de recuerdos, me doy

cuenta que tenía mucha razón.

* * *

Las ovejas empezaron a hacer el camino de retorno, de la sierra a los campos del sur.

La sierra derrotó a don Zenón Torres. La sierra, hervidero de sarna y bicheras; de barrancos y zarzas.

-Un campo -decía- que regalao es caro...

* * *

Un bajo se tragó el auto de Torres. La mano de ella, diciendo adiós, fue lo último que vio Soquita.

Después se quedó solo con aquel valle y aquellos cerros que nunca más serían los mismos. Porque ella se fue y los dejó vacíos: sin pájaros, sin árboles, sin agua y sin aire.

El quisiera irse, seguirla. Pero sabe que morirá allí, en ese trozo de tierra que ganó abuelo Soca con su pecho.

Aunque no pueda ya vivir donde no esté ella. Y de esa tierra arenosa solo se pueda sacar sacrificio y miseria...

* * *

Su abuelo se lo pidió a su padre y su padre a él. Soquita morirá pobre y reventado, en ese pedazo de tierra.

El sí: pero cuando tenga un hijo romperá esa cadena. Mucho, mucho antes de morir le dirá:

-¡Vayase pa'l pueblo, m'hijo!...

CACERÍA DE PAVAS

Al pasar el puente colgante ya Medeiros se enfurruñó. Un puente que los muchachos de la escuela lo pasan corriendo, los turistas casi lo cruzan en cuatro pies.

¡Y con tal gente iba a cazar pavas de monte, en plena sierra!!

El aceptó porque se lo había pedido el maestro, donde ellos paraban. Y si el maestro le decía, una comparación, que se tirara de cabeza a un pozo, Medeiros se tiraba, porque hombre de la condición de aquél no había conocido nunca ni conocería, tal vez.

* * *

Turistas hay de muchas clases. Esos que hablan cantando, y a todo el mundo le llaman "maestro" y "jefe". Que creen que allí hay indios y los tigres se encuentran a cada paso.

Otros, por más que se les diga, no creen que entre esos montes esté lleno de gente. Y andan todo el día a chumbazo limpio. Que por poco hay que andar cuerpeando las balas de rifle.

Después éstos, que uno no sabe donde encasillarlos.

-Porque de apampados lloran- dice Medeiros.

Ahora van por la vía, que serpentea entre los cerros. Vigilan con atención las faldas cubiertas de vegetación.

Arriba, en las crestas, aparecen a veces los chivos, en grupos, indiferentes.

Los cuervos, muy alto, describen círculos amplios. A veces alguno pasa rasante, sin mover las alas. Los turistas los siguen por la mira escopeta, pero ya Medeiros les advirtió:

-No tiren a cuervos, porque se ferrumbra el caño...

Además iban a cazar pavas de monte, el animal más astuto y arisco de la sierra.

* * *

Medeiros tuvo una vez una escopeta -muy buena- que le compró al milico Custodio Pérez y construida por éste.

-Un chiche -le dijo Custodio, al entregársela.

La escopeta fue una cosa grande para Medeiros. La primera cosa que tenía porque sí, porque le gustaba.

-Algo muy distinto a un arado o un cojinillo, vamos a ponerle, que se tienen porque se necesitan...

Hasta que tuvo la mala idea de construir él mismo los cartuchos, aquella vez que lo invadieron las cotorras. Pólvora negra brasilera y trozos de alambre.

Tal vez se pasó en la pólvora o se le tapó el caño o vaya a saber.

Apretó el gatillo y se le acabó el mundo. Un hijo lo encontró al rato, dando vueltas

como loco alrededor de un eucalipto.
De entonces acá Medeiros no quiso saber nada más de escopetas.

* * *

Ahora había que atravesar una alcantarilla del ferrocarril, no más larga de cuatro metros.

No había Cristo que consiguiera que los turistas la pasaran. Como esas mulas que se empacan.

Medeiros trató de armarse de paciencia. Por el maestro, claro:

-Traten de no mirar p'abajo, así no se almarean...

Y murmuraba entre dientes:

-¡Qué gente pa' una regolución!...

* * *

Los muchachos empezaron a caminar pesadamente. Transpiraban. Medeiros y el maestro se detenían a esperarlos. Y eso que ya se les había dicho:

-A la sierra hay que ir livianito...

Pero no atienden razones: gorro de lana, chaqueta de cuero, botas hasta la rodilla.

Mochila, cantimplora. Un cinto con balas hasta para regalar.

-¡Como si fueran a una guerra!

* * *

Medeiros les ponderó las escopetas. Una cosa que él, realmente, nunca había visto. Dos gatillos, flamantes, se les daba un golpecito y quedaban dobladas por la mitad. Los caños, un espejo.

-¿Y cuestan?...

-Dos mil pesos, hace un año. ¡Ahora vaya a saber!...

¡Dos mil pesos! Con eso Medeiros se compraba la chacra del viejo Suárez, que por ese precio estaba regalada... ¡Y esta gente gastaba semejante plata en escopetas, para tirar tiros una vez al año, a lo loco!...

* * *

Se oyó como una carcajada fantasmal. Luego gritos aislados. Las pavas los habían visto.

-Allá... en los quebrachos -dijo Medeiros al maestro.

Porque el quebracho tiene en ese tiempo una fruta roja y grande, que gusta mucho a las pavas.

Bajaron el terraplén. Los turistas se atracaron al pasar el alambre, tirante.

Barrancas. Bajar, bajaban; pero subir...

Otro alambrado. Medeiros y el maestro achataban un alambre y levantaban otro haciendo espacio a los forasteros. Pero se atracaban igual.

-¡Hágase chiquito, hombre!

La cabeza la pasaban bien, pero...

-¡Yo lo que le digo que tiene que pasar primero es el culo, mi amigo!

Dijo eso y se arrepintió. Por el maestro, y porque bien mirado, en Montevideo no había ni barrancas ni alambrados.

* * *

Ahora había que hacer las cosas bien, porque si las pavas vuelan de un cerro a otro, ¡le aviso!

-Usted sube hasta la cueva 'e los chivos -dice Medeiros-.. Siempre rodiando.

El iría haciendo un semicírculo hasta el viraró grande, y allí se encontrarían.

Se dividieron en dos grupos y cruzaron el arroyo por partes diferentes. El compañero de Medeiros cayó de espaldas y mojó todo, menos la escopeta, que mantuvo en alto.

Y eso que él lo instruyó:

-Da un paso así... ¿vio? Ricién dispué da el otro...

Porque esos arroyos de sierra son muy traicioneros. La corriente rápida; y las lajas del piso, verdes de lama, son un jabón.

* * *

Lo peor de los turistas es que parecen elefantes cuando caminan en el monte. Y allí hay que andar como un indio. Si no, las pavas se le vuelan de encima de la cabeza.

Y después el peligro. Se les escapa un tiro y capaz que lo dejan seco a uno, allí nomás...

Medeiros tenía que ir adelante, obligado. En cualquier recodo podían estar las pavas, y esta gente, en el monte, no ve ni un caballo.

* * *

De pronto se tiró al suelo. Hizo señas al compañero, para que se acercara, arrastrándose.

La pava estaba allí, a veinte metros, en una rama baja, el amplio pecho hacia ellos.

Un tiro seguro.

El turista resoplaba, impaciente.

-Allí-señalaba Medeiros-. ¡Allí!

El otro no veía nada. Medeiros, impaciente, le pidió la escopeta. Un arma con la que no se necesitaba ni apuntar. El animal cayó, aleteó un instante y quedó inmóvil.

El turista quiso salir corriendo. Lo paró:

-¡Ta loco! -dijo-. ¡Va espantar las otras!

Sonó un tiro seco. El rifle del maestro. Ya tenían dos, porque el maestro no es hombre de los que erran tiros.

* * *

El maestro -ahí tiene usted- es un hombre con quien le gusta salir a Medeiros. Se hizo al monte enseguida. Y es un compañero que ni mandado hacer. Después tiene una gran cosa. Trata igual a un negro o un blanco, a un rico o a un pobre.

Y eso que es un hombre inteligente. ¡Pero inteligente!

* * *

Medeiros y el turista hablaban ahora, en voz baja. Las pavas alborotaban allá, donde andaba el maestro

Medeiros ponderó el cuchillo -de esos tipo Tarzán- que el muchacho llevaba en la cintura.

Lo examinó bien:

-¡Pero tiene una hoja especial! ¡Parece hecho con elástico 'e carro!

El muchacho se lo extendió:

-Tome, como recuerdo...

-¡Pero 'ta loco!

-Tome, se lo dejo... ¿Para qué lo quiero allá?

* * *

Otro tiro de rifle.

-Tres -pensó.

Una pava, huyendo, se posó en la copa del árbol bajo el que se encontraban. El sabía exactamente en la punta de qué rama estaba, podía verla. Porque no hay cosa más difícil de ver que una pava de monte cuando se esconde en la copa de un árbol.

Con la palma de la mano hizo señas al compañero para que no se moviera.

Armó un cigarro. Espere y espere. Otro cigarro. La vista fija siempre en un punto, allá arriba.

El compañero se portaba bien. Quieto; le resbalaban las gotas de sudor pero no se movía.

-Esté tranquilo, socio -susurró Medeiros, como si le hablara a una criatura-. ¡Que lo qu'es ésta, no se nos escapa!

* * *

La pava de monte se extiende sobre las hojas de la copa, y a renegrida, es casi imposible distinguirla de abajo.

Vino una racha de viento y la vio, al fin. La cola, le vio.

El animal tenía la atención fija en los otros cazadores. No se movería de allí.

-Socio -llamó suave-. Aquí, en esta rama... -señaló.

Con la mano extendida le fue mostrando el lugar. El compañero demoró en ver. De pronto levantó la escopeta y ya iba a tirar. Medeiros lo paró:

-Apunte tranquilo, compañero, ¿sabe? Al medio 'el bulto...

La pava cayó casi a los pies de ellos, con un ruido pesado. Brillaban las plumas renegridas, las enormes alas extendidas, en la semioscuridad que había ganado ya el monte en el atardecer.

* * *

Se reunieron en la cumbre. Cuatro hermosos ejemplares. Una carne como no hay otra: azul, firme pero tierna. Y usted abre una pava y salta el perfume a la fruta.

* * *

El sol sombreaba la mitad del valle. Las faldas de enfrente recibían toda la luz, una luz que plateaba los troncos de los árboles.
A los pies de ellos, cien metros abajo, el arroyo.
La vía parecía una gran culebra al fondo.
A lo lejos, los enormes cerros dormidos, parecían gigantes lagartos verdes tirados al sol...

EL HOMBRE QUE SUBIÓ AL PALO ENJABONADO

El hombre se presentó en la Comisaría. Lo atiende el comisario.

-Usted dirá...

-Trabajo en "Los Trébole"... No me pagan el laudo...

-Pero acá es una Comisaría...

Era un moreno alto; altísimo. Una perita tipo chivo y ojos muy brillantes.

Y tenía mundo, que era todo lo que tenía, así como otros tienen todo, menos mundo.

Podían preguntar por él en cualquier lado. En Cerro Largo, con los Saravia - cualquiera de ellos- había trabajado años. Y así en Tacuarembó, con los Ríos y...

-Sí, señor; pero acá es Comisaría...

Claro, ya se sabe que es una Comisaría. Pero él quería orientarse, ver donde podía ir:

-Porque soy negro y nalfabético, pero respeto es lo primero y único que me enseñaron.

Además, no es manco, gracias a Dios. Y cuando no trabaja es porque no quiere...

El comisario resolvió darle una tarjeta para el jefe de la Oficina de Trabajo:

-¿Usted sabe ande queda? ¿Conoce la Iglesia?

¡Qué iba a conocer él! Pero de alguna manera daría...

Al escribir la tarjeta, el policía levantó la cabeza:

-¿Cómo me dijo qu'era su gracia?

-Nicasio Roldán...

-Roldán... Roldán...

-Por más seña: yo fi l' hombre que subí el palo enjabonao...

-¡Ah! ¡Usted es l' hombre del palo enjabonao! ¡Ahora lo tengo patente!

Carnavales hubo muchos en el pueblo.

Aquellos de antes, cuando venía la Banda de Florida y todo. Se bajaban del camión a la entrada del pueblo, formaban tipo militar y marchaban por la calle principal, tocando unas cosas preciosas.

Que el Gringo Ventura, divertido y loco como él solo, se ponía al frente y desfilaba con la banda, haciendo como que la dirigía.

La gente, agolpada en las veredas, se mataba aplaudiendo. El gringo saludaba al público sacándose la gorra y haciendo reverencias.

¡Aquéllos eran carnavales!

* * *

Pero este año, el Carnaval pasará a la historia. Sería que hacía mucho que no se festejaba, y que la gente estaba loca por "sacudirse". Sería lo que sería. Pero aquello fue Carnaval y otro poco.

* * *

Fue José el de la idea.

Un mes antes hizo circular una lista. El que quería Carnaval, que se anotara y pusiera. Sí, porque no es cuestión de "apúntame y después pago..."

Tuvo contras, es cierto. Porque José tenía almacén; y los otros comerciantes "vieron" que se iba a hacer la pelota. Pero el pueblo respondió bien de bien.

José formó una Comisión con los vecinos de más respeto. Claro, él tenía que estar en todo, porque era un hombre con una ideas bárbaras en la cabeza.

Si no hubiera sido porque tenía eso -cabeza- no hubiera pasado de verdulero con canasto, puerta a puerta, a ser el comerciante que era.

Él vino, puso boliche, y los viejos almacenes del pueblo empezaron a tambalear. Casas que habían trabajado en la época de los carros para campaña y no querían comprender que estamos en otros tiempos.

Además allí, donde se habían fundido varios, él fiaba pero sabía a quien:

-Porque lo primero que tiene que aprender a decir un bolichero, el que nace bolichero, no es "papá" ni "mamá"...

Seguro: tienen que aprender a decir "no"; que es lo principal para que un boliche camine.

* * *

El tablado quedó pronto en un momento. Sin muchas exigencias, cierto. Seis tanques, unas tablas viejas arriba; barandas con varas finas de eucalipto.

Lo mismo las luces. Unos cables alrededor y cada tantos metros una lamparilla pintada: una roja, otra verde, amarillas, azules y así.

-Porque no es cuestión de gastarse la plata en chirimbolos y pavadas -decía José, y con sobrada razón.

Lo importante era poner buenos premios a la murga, a los cantores y a los máscaros.

* * *

El palo enjabonado fue de las cosas que dio más trabajo. El juez de paz, que cuando chico había subido a más palos enjabonados que besos le dio la madre, se encargó de él.

El palo, en verdad, de enjabonado no tenía nada. Porque el juez, con gran paciencia, lo fue engrasando día a día, hasta que la madera se impregnó bien.

-Si alguno sube este palo, me hago cura... -decía.

Trabajo regular fue pararlo, operación en la que intervino todo el pueblo. Un palo de veinte metros -un árbol entero-con una bandera en la punta.

Al fin quedó pronto. Se veía desde todos lados, asomando por encima de las casas, con el trapo rojo al tope. La gente se apeñuscaba a mirarlo.

Era lindo ver aquel palo que se cimbraba arriba, al afinarse.

-Me hago cura... -repetía el juez.

* * *

Fueron días gloriosos. Más que la gente venía con el cuento de que en ningún lado - ni en Florida- había Carnaval que se pudiera comparar con aquél.

* * *

El palo se sacudía. Racimos de muchachos se empujaban unos a otros, de abajo a arriba. Llegaban hasta cuatro o cinco metros y de allá se descolgaban, arrastrando a los de abajo.

Fue cuando apareció el moreno forastero. Llamó la atención enseguida.

-¿Diánde sacaron ese difrazau de chivo?

La barba era una cosa rara. Negro él, y joven; pero la barba, o mejor dicho, la pera, puntiaguda y levantada hacia adelante, era blanca casi del todo.

Además el hombre, por toda indumentaria, vestía un viejo pantalón de fútbol.

El riondo -el juez- vio enseguida que el moreno sabía lo que son palos enjabonados.

Dejaba que los muchachos, en sus continuas subidas, fueran sacando el jabón que había en los primeros metros. Después él restregaba las manos en la arena, y empezaba a trepar.

Subía todos los días un poco. Al llegar la tardecita, cuando caía el rocío, paraba; y volvían los muchachos otra vez, arracimados.

José consultó a El riondo, preocupado:

-¡Lo qu 'es el barbiya ese, nos pela el premio!

Y el premio eran doscientos cincuenta pesos, en aquellos tiempos que los pesos eran pesos, y no papelitos de Carnaval.

El riondo tranquilizó a José:

-Deja que llegue a donde empieza la grasa. ¡Lo quiero ver al moreno!

* * *

El Lagarto, de guardia en la Estación, desafiaba a la juventud -toda junta esperando el tren- a una carrera de resistencia alrededor de la manzana del tablado.

Está ya viejo, pesa más de cien kilos y tiene un abdomen prominente. Pero, cosa increíble, tiene unos músculos de fierro.

-Lo qu'es estas mojaras, puro jopo y casín, no me olen las alpargatas....

Es famoso en toda la redondilla, por lo del perro. Vino la denuncia de "lo Abella", que un perro andaba matando ovejas.

El Lagarto no mató al perro de un tiro, ni le echó veneno. No. Lo sacó calzado cuesta abajo. El perro acható la cola y disparó.

Dispare y dispare; y el Lagarto siempre atrás. Salte cañadas, atraviese pajonales; repeche, baje...

Así más de cuatro horas, por entre los campos inmensos. Hasta que el perro, reventado de cansancio, se echó bajo un tala.

Cuenta que el animal lo miraba como pidiendo perdón:

-¡Nada! No hay perdón pa' los malvaos!

Lo ahorcó con el cinto, allí nomás. Porque a él si hay algo que le gusta, es ahorcar

perros. Perros dañinos, claro...

-Porque el perro perro, eso es un asunto sagrado pa'l cristiano....

El Negro, jefe de la UTE, le acepta pero embolsado. Porque el Negro no perdió nunca una carrera de embolsados:

-Porque el asunto es sujetar la bolsa bien tirante y dar saltos cortos con los pieses bien juntos....

* * *

Cosa linda, lo que se dice linda, aquel Carnaval. Corsos no había, porque José no era ningún "acorchao" para desparramar la gente.

Todo alrededor del tablado. Payadores, cantores, la murga, el palo enjabonado. Y carreras de bicicletas y a pie, con gente de otros pueblos compitiendo con los créditos locales. Una locura.

* * *

De mañana son los preparos y los comentarios. De tarde, temprano nomás, la música llena el pueblo. Música linda, discos de esos que ahora no se oyen nunca.

Lo del parlante fue otra de las cosas serias que hizo José. Pertenece a la Sociedad Patriótica, que hace años no se reúne.

-Parlante y microfo sin uso, d'esos que ya no vienen más...

Y discos, pilas de discos, de toda clase. Polcas, ranchera pasodobles, marchas; tangos -¡pero tangos!- y también clásicos. El juez, muy entendido también en música de esa, ponía a veces alguna cantora italiana o francesa o vaya a saber; y una música como de iglesia, suavcita.

* * *

Cuando el sol empieza a aflojar, comienza a llegar gente, en grupos cerrados.

Ropa de lo mejor, como de casamiento o entierro.

Los viejos, trajes oscuros "de la época que se casaron", ajustados, lustrosos.

Las muchachas vestidas de fulgurante -rojo, celeste, amarillo- hechas un repollo de la cintura para abajo.

Los novios, impecables: sacos cortones, los tres botones prendidos; camisa con un cuello, rebelde, levantado; corbata de nudo grueso, ladeada.

Esta es gente que viene de lejos, en carros; o de los pueblos vecinos, en camiones repletos.

Porque la del pueblo, esa se disfraza toda...

* * *

Esta noche la cosa va a estar muy buena.

Ha llegado el famoso payador Mendieta, que canta por radio. Trajo otros cantores más y unas mujeres, lindas pero raras, de esas que no se ven en los pueblos.

Cantoras, artistas o algo así.

-Me costó un ojo de la cara -explica José-; pero ¡van a ver lo qu'es un payador!

Un artista responsable. Ensayó como dos horas, en una pieza del fondo, la payada de contrapunto que iba a tener esa noche.

* * *

Están corriendo ahora la carrera de bicicletas. Cinco corredores de los pueblos vecinos y el crédito local -el Sapo chico- que trabaja en el tambo de Casco.

El circuito son cuatro manzanas -con largada y llegada frente al tablado- y ya en las primeras vueltas le han sacado gran ventaja al Sapo, que hace lo imposible, ruidosamente estimulado por el público.

-La bicicleta no lo ayuda al pobre... ¡hay que ver!

¡Qué lo iba a ayudar, si se sabía que era bicicleta porque tenía dos ruedas! La facha tampoco lo ayuda, al Sapo: alpargatas, camiseta afelpada, el pantalón corto de ordeñar.

Pero que guapear, guapeó, y nadie lo va a discutir. La Comisión resuelve darle un premio, por la vergüenza deportiva demostrada.

Se lo entregaron sobre el tablado, ante el micrófono. Destacas condiciones y le auguran un brillante porvenir.

-Porvenir y pico -dice Cachete-. Ese gurí, si no se relaja, v' a ser mejor ordeñador qu'el vasco Choy...

El Sapo chico está agradeciendo ahora por el micrófono.

-Toy muy agradecido, a la Comisión y al pueblo. Y ahora les via recitar "La degollada de Achar"...

Justo cuando el mozo despechado la iba a degollar estalló un murmullo y todos dieron vuelta la cabeza. El moreno barba de chivo llegaba ya a la mitad del palo, que se cimbraba espectacularmente. José empezó estimularlo desde el micrófono:

-Otra fuercita, señor. Doscientos cincuenta de premio... ¡no es changa!

Se le queda el moreno, que empieza a resbalar despacito hacia abajo.

-¡Lástima, señor! Pero no se entriegue.... Hay que arrancar la banderita de allá arriba....

* * *

El Medio Caballo acompaña con la guitarra a la hija, que canta, bastante bien, porque tiene un oído bárbaro.

-Una gurisa que v'a cantar un kilo...

-Si no se relaja con el cambio de voz...

Un hombre de afuera le manda un billete. El Medio Caballo agradece y la niña canta a pedido, y dedicada al señor, "Que nadie sepa mi sufrir".

* * *

Grupos de mascaritos andan de arriba para abajo y se meten con todo el mundo.

Las muchachas abrazan a los hombres:

-¿Pero cómo te va, querido?

-Esa debe ser la Chola, por lo relajada...

Actúa ahora en el tablado -porque los números son unos tras otro -el botija de los Romero, que toca una barbaridad el acordeón.

José, que está en todas, hace las presentaciones.

-Es un gato pa'l instrumento....

-Si va a Montevideo, los amasa....

Cierto, porque aquí, ¡qué va a hacer! Hace rato que sabe más que la profesora.

La gente mira más a los padres, que están en un clarón, orondos, que al pibe.

* * *

-Y Mendieta, ande anda?

El payador es el número fuerte. Por ahora anda haciendo tiempo, saludando a la gente que lo conoce enseguida por la vestimenta. Viste de gaucho, de los pies a la cabeza, como corresponde; pero como esos gauchos que no se ven en campaña.

* * *

-Pero mirá quien se vino disfrazada. ¡La vieja Julia! No se puede creer. Viene todos los días al pueblo, en carro, vestida de hombre. Con esa misma ropa se vino, solo que con careta. Ni se mueve; solo mira fijo todo lo que pasa en el tablado.

Hay un mascarito alto que tiene intrigado a todo el mundo. Corre, se para, abre claros. Todas las noches se disfraza distinto:

-¡Pero si es el Flaco Assandri! Ahora caigo....

-Mira quien había sido....

El Flaco se acerca y les dice bajito, que no lo vayan a descubrir.

* * *

Ahora, todo el mundo le abre paso a la murga, que viene haciendo mímica, doblando las piernas y casi tocando el suelo.

Suben entre una lluvia de aplausos.

Son todos murguistas viejos, que hacen reír solo con mirarlos. El único triste es el petiso Da Cunha, el telegrafista nuevo, que no se mueve ni se ríe nunca, pero toca muy bien el redoblante.

La murga, en verdad, nunca ha estado como este año. Muy bien vestidos, de arriba a abajo, con unos versos que no solo abarcan toda la actividad del pueblo, sino también la política nacional.

Los llamaron de Florida y fueron un suceso. En Sarandí Grande también.

Aquí gusta mucho un verso que le hizo a la peinadora y que termina así: "Yo quiero que mi haga un nido, con la boca para atrás".

* * *

Con tanto alboroto -este es el último día de Carnaval- nadie se acuerda del moreno que quiere subir al palo enjabonado.

Pero él está allí, ajeno a todos. Ya no viste pantalón de fútbol, uno largo, remangado hasta la rodilla, y camisa de tartán...

* * *

Al fin sube Mendieta, el payador. ¡No se sabe la gente que vino de afuera por conocerlo!

Hasta los mascaritos hacen silencio. El hombre saluda al respetable, hace unos chistes, y pasa -dos o tres veces- los dedos por la guitarra enérgicamente.

Al fin empieza a cantar. Y canta bien mismo. Recuesta la cara contra el brazo de la guitarra. Tiene una voz a la vez suave y varonil, áspera o dulce, según el tenor de la canción.

Empiezan a llover los pedidos. Las "cantoras" que lo acompañan, y que están siempre entre el público, no dan abasto, yendo y viniendo]

En lo mejor, aparecen los Zubiría -porque son ellos- con el toro. Torazo mejor dicho, con unas guampas enormes, que consiguió Marculino, el carnicero.

Los caballos se arremolinan, tratando de dominar al bruto, que se empeña en atropellar al gentío.

Mendieta no disimula su disgusto. Baja la guitarra:

-Vamos esperar que se tranquilice ese toro...

Al fin los jinetes logran dominar al animal, y vuelve la tranquilidad.

Mendieta canta ahora una canción de amor, que le ha pedido una linda muchacha.

Pero anda en la mala. Tampoco puede terminar esta vez. El griterío debe producir una explosión de esas que se oyen de lejos, como cuando se hace un gol en el fútbol.

El hombre del palo enjabonado ha llegado a la punta, y trata de acomodar el cuerpo para estirar una mano y arrancar la bandera.

Al fin descuelga el trapo, saluda al gentío delirante y se deja caer con suavidad. No pisa el suelo y ya lo sacan en hombros y lo suben al tablado.

* * *

El comisario le está diciendo a Roldán: -Usted hizo trampa al subir el palo enjabonado...

-¿Por?...

-Se puso papel de lija, con la lija p' afuera, bien atado en los brazos y murlos...

Y remató sonriente:

-Yo también sé lo que son palos enjabonados...

CAFAÑA

Los tiempos cambiaron a Cafaña como habían cambiado al río. A éste, primero le habían hecho la obra de Rincón del Bonete y como si fuera poco, buscaban domarlo del todo atajándolo en Baygorria.

-El río viejo se va a enojar cualquier día -sentenciaba Cafaña.

Tiene que haber sido con mucho dolor que Cafaña vio todo eso. Y con más dolor aún que aceptó un cargo del Estado, para servir de baqueano en el río.

Lo que habrá sufrido el viejo carpinchero al dejar su chalanita de dos tablas, liviana y coqueta, que cuando andaba con Cafaña en el río, levantaba la cabeza y la cola, y se deslizaba con un leve contacto de su barriga, ¡cómo si en vez de chalana fuese un pato!...

¡Y entrar a ser baqueano de otros, y tripular un bote del Estado, de esos botes panzudos y chatos, que clavan la punta en el agua y se van medio metro para abajo!

¡Y andar en un bote con cuatro o cinco más, todos chambones, que se mueven para todos lados y no dejan remar!

¡Y calzar botas de goma, y ropa abrigada, y capote para la lluvia!

¡Pobre Cafaña!

Todo había cambiado. El río, como hemos dicho, y también el pueblo y sus amigos.

Cafaña habrá mirado a su lado, y al no ver a ninguno de sus < dos amigos del río, se habrá decidido a dejar su chalana de dos tablas, y entregarse él también a esos hombrotos rubios, que hablaban como perro, a los gringos.

¡Pobre Cafaña!

Julio Viñas se había hecho empleado del Estado; el Ñato Patrón ya tenía tres hijos y había dejado el río; Wilfredo Larraud -el loco Peo! se había vuelto artesano y hombre serio; el Boyero Viñas ya era foguista en el Ferrocarril; el Coco Pérez había dejado las dos cosas que más quería: el río y el pueblo, y andaba quien sabe dónde, luchando con la vida, y llorando el recuerdo de lo que nunca volvería. La Chiva Lezcano también estaba domado, como el río; el Gallego Moreira en Montevideo, igual que el Moto, el Tarta y el Bizco Núñez...

Pero el golpe fatal para Cafaña tiene que haber sido cuando Avelino -Avelino Langorta, el gran carpinchero y pescador, el otro hijo del río, el único comparable a Cafaña- buscó compañera, encargó cachorros, y para ganarse la vida tendió sus espineles al pie de la odiada Obra, y ya no salió de allí...

Estoy seguro de que cuando se sintió solo buscó su chalana y se fue lejos, muy lejos, más allá de los riachos, más allá de los Molles, más allá de Salsipuedes...

Y el último gran hijo del río también se entregó.

* * *

Cafaña era un hombre grande y tenía un andar -en tierra- lento y hasta torpe. Carecía de la figura atlética de los remeros. Solo unos músculos grandes, como boniatos, en los brazos; pero piernas largas y finas... y hasta un abdomen de oficinista.

Nunca estuvo enfermo, ni de resfrío, según él porque todos los días, invierno o verano, se zambullía de madrugada en las aguas del río.

Era bueno y noble como el pan. Tenía un gran corazón de niño.

Estaba toda la semana "para abajo" -nunca remaba río arriba para no toparse con la Obra- pero eso sí, los domingos venía al pueblo porque jugaba Huracán. Y si Cafaña quería a algo como al río, era a aquel modesto gran cuadro del barrio.

Cafaña era un gran jugador de fútbol, reconocido y admirado por todo Paso de los Toros. En la cancha era un espectáculo pintoresco e increíble. Jugaba de alpargatas y usaba unos pantalones grandes como bolsas. Parecía un carpincho viejo -como él mismo decía a las risas- al lado de los demás jugadores, bronceados y saltarines. Tenía un dribling largo y desabrido, sus movimientos eran lentos y sin gracia, no saltaba nunca ni cabeceaba una pelota, ¡y era un gran futbolista!. Porque Cafaña, nadie sabe cómo, se sacaba a los rivales de encima con facilidad pasmosa, y entonces iba el pase largo hacia uno de sus compañeros, que entraba entre una polvareda y gol de Huracán.

El "dedazo" de Cafaña también pasó a la Historia. Cuando el cuadro estaba empatado y faltaba poco para terminar el partido, todos esperaban el "dedazo" de Cafaña. Y venía. Donde le dejaran dos metros de terreno, Cafaña shoteaba como con desgano, cual si no quisiera castigar la pelota; le pegaba con la punta del dedo grande del pie, y el tiro salía como cañonazo, siempre al ángulo, inatajable y terrible... A veces rozaba, y rebotaba en una casa que había enfrente. Las dueñas de esta casa eran señoras que cuando jugaba Cafaña, cerraban puertas y ventanas canto...

Querían hacerle jugar de zapatos y no podían; trataban de que dejara el desteñido pantalón que usaba en el río, y nada. Una vez el Ñato Patrón le dijo que tenía que jugar de suspensor y Cafaña contestó:

-No, gracias; yo juego de alpargatas...

Pero el récord fue cuando aquella final con Oriental. Mantegani -el juez- había expulsado a dos jugadores de Huracán. Cafaña vio que el Moto venía corriendo y haciendo ademanes, protestando. Lo atajó:

-No seas belinún-le dijo-. No ves que siendo menos agarramos más pelota..

* * *

Cafaña construía sus chalanas con sus propias manos. Ponía dos cajones como a tres metros uno de otro, colocaba las dos tablas para el piso, y encima de ellas una gran piedra para que se curvaran bien. Después clavaba las costillas y otras dos tablas a cada costado. Luego venía el calafateo y la pintura, siempre roja y blanca -los colores de Huracán- y al final el nombre, a ambos lados de la proa: Paloma, Loba, Gitana...

Yo tuve la suerte, que no cambiaría por todo el oro del mundo, de compartir con Cafaña, muchas veces, su vida en el río. Tendría diez años y mi padre me dejaba ir por varios días río abajo, porque habrá de saberse que Cafaña era un hombre de toda confianza, que vivía su propia y maravillosa vida, una vida honesta y limpia como pocas.

Nunca llevaba más que uno en su chalana, sin contar a su perro, tan famoso como él. Ponía el cajón con los aparejos bajo el asiento de atrás, y yo me sentaba allí, con recomendaciones de que viajara sin moverme. Adelante, parado sobre la proa, con las orejas enhiestas y los ojos vigilantes, iba su perro.

A la ida, corriente abajo, Cafaña remaba sentado, mirando siempre hacia adelante. A la vuelta, río arriba, se paraba, adelantaba el pie derecho y remaba rítmicamente, como si fuese una máquina. Buscaba siempre la orilla, donde la correntada era menor, los remos como cuchillos eludían los sarandíes y la chalana cortaba la corriente y subía el río, impulsada por aquel remador extraordinario.

Nunca lo vi remar sentado y mirando a la popa. Decía que eso no era propio de carpincheros.

Río abajo nos uníamos a otros. En Los Riachos estaban Avelino y el Boyero; en Los Molles, Julio Viñas y la Chiva Lezcano; en la barra del Salsipuedes, Carlos y Jacinto Méndez...

Allá abajo hacíamos campamento común.

Dormíamos en cama redonda. Cafaña ponía las brasas del fogón bajo una delgada capa de arena, una cobija, mora abajo y otra por encima, y no había mejor cama...

A la hora de comer era temible. Llenábamos una gran fuente -tararira y huevos de avestruz- cada uno recibía su cuchara... y a comer. Cuando nosotros llevábamos cinco veces la cuchara a la boca, ya Cafaña había comido media fuente...

Solo una vez trató de dormir con sábanas. Unos turistas llegados al campamento le hicieron ver la ventaja.

-Voy a ver como es... -dijo Cafaña. Pero en cuanto estiró las piernas, rajó las sábanas de arriba a abajo, con su talón de piedra de esmeril...

Otra vez estaba boca abajo, tirado sobre la arena tibia. La Chiva empezó a arrimarle un tizón al talón. Como "ni mosqueaba" se lo acercó más y más hasta tocarlo con la brasa. Recién entonces Cafaña dijo:

-Déjate de embromar Chiva, no me hagas cosquillas...

Habría para no acabar con las cosas de Cafaña.

Al regreso se formaba una larga fila de chalanas.

El siempre iba último:

-Estos giles espantan a los lobos y carpinchos y yo los fusilo acá -decía.

Y así era. Una vez veníamos en fila india:

-¡Lobo! -gritaron los del bote delantero.

-¡Lobo! -repitieron los demás, al tiempo que se afirmaban los remos para llegar al lugar donde el animal había zambullido.

Pero Cafaña dio vuelta y atracó la chalana en una pequeña in abajo. Aprontó la escopeta y aguardó. De repente, ¡pum!, y Cafaña sacó el lobo enganchado en el bichero.

-¿Cómo sabías -le pregunté- que el lobo iba a sacar la cabeza aquí?

-Aquellos belinunes hicieron mucho barullo -me dijo calmosamente-.. El lobo sabía que el único lugar tranquilo era aquí, pero no contaba con Cafaña viejo, que es más lobo que él...

* * *

Hace poco salieron otra vez las chalanas al río. Bajaron en fila india, pasaron los Riachos, y dejaron atrás los Molles, Salsipuedes y el Yí.

Buscaron días y días, noches y noches, sin desmayo, con desesperación. Y más allá del Yí, entre el monte, casi cubierto por la resaca encontraron el cuerpo hinchado de Cafaña.

El bote panzudo y chato había volcado; y el viejo carpinchero, que ahora había cambiado y ahora usaba ropas de abrigo y botas de goma, no había sido perdonado por el gran río crecido y bravo...

Allí mismo, en el monte, rodeado por los pájaros, sus amigos que abandonaron sus empleos para buscar su cuerpo, que volvieron a ser carpincheros otra vez... allí enterraron para siempre a Cafaña. Junto al río que fue su vida...

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

La vía divide al pueblo en dos: los de arriba y los de abajo.

Arriba, la gente más o menos acomodada: el juez, la comisaría, la escuela, la estación; también el doctor y la farmacia, la peinadora y los comercios grandes.

Abajo el pobrerío: policías, esquiladores y alambreadores, changueros y gente así.

Más allá de la vía casas de material, bien apretadas, asomándose a la calle principal; balcones amplios, zaguanes pesados.

Acá, viviendas modestas, ranchos aplastados contra el suelo, fondos amplios, veredas desaparejas.

Abajo también hay gente acomodada, y arriba de la otra; poca, pero hay. Gente que se siente desubicada, como cuando se va de paseo y hay que quedarse en casa ajena.

La división, al principio, era solo eso; después se fue ahondando.

Empezaron deportivamente: jugaban al fútbol los de arriba contra los de abajo.

Tres partidos hubieron, y se acabó también esto, porque siempre ganaban los de abajo, que para la pelota se pintan solos.

Los de arriba, gente de escritorio y encierro, blandos como pan crudo, eran fácil presa de los de abajo, delgados y elásticos.

A más, en el último encuentro se tomaron a golpes; y en esto también llevaron la mejor parte los de abajo, unidos y echadores para adelante.

Ahí si, vino la verdadera división.

-Ese chusmaje de abajo...

-Esos pitucos de ayá arriba...

* * *

Los de arriba, poco a poco, sin apuros, fueron dominando todo. Dieron "golpe de estado" y se quedaron con el Club.

No echaron a los socios de abajo, porque sin ellos el Club se funde; pero practicaban una solapada discriminación.

A las hijas de doña Eulogia no las dejan entrar, porque la vieja tuvo sus cosas en su mocedad.

-¡Pero ayá arriba hay mujeres que tuvieron y tienen!

Lo mismo con Bulinga, un moreno no muy negro, inteligente y gente, mejor que muchos blancos.

-Como si fuera a desteñir...

-¡Cuidau! No vaya manchar alguno...

Con esto, los de abajo se fueron alejando.

Los de arriba tienen todo para ellos ahora. El casín -señor casín- las mesas del truco, la cantina, todo.

El Lito abre el piano y da conciertos para las muchachas. Música de Chopin y eso.

Abajo hay un solo comercio, el boliche de Artigas. Ahí se reúne la gente.

Truquean con cartas blandas por el uso, lustrosas. Juegan al billar en una mesa

vieja y renga, con el paño tan roto, que uno de los jugadores -o algún mirón- tiene que sujetarlo contra la baranda mientras el otro apunta y tira.

Un boliche con tres estantes y cuatro latas locas. Ha tenido varios dueños, y siempre termina igual; fundido.

Cuando no falta fideo, falta la yerba; o galleta, o papa, o todas esas cosas a la vez.

Entonces los de abajo agachan la cabeza y van a los buenos comercios de arriba.

Allí no hay libreta para ellos:

-Tome y traiga...

* * *

El pueblo se ha ido estancando. Porque si los de arriba agarran para un lado, los de abajo tiran para el otro.

Si bien hay cosas en las cuales los de arriba se pueden arreglar solos, en otras no.

Así pasa con el Carnaval. Ellos organizan todo, los permisos, las luces, el tablado.

Pero un Carnaval sin la gente de abajo no es Carnaval.

¿Quién va a fabricar un buen toro, y los caballos, y una murga como la gente?

Los de arriba se disfrazan en el Club, ¡pero en la calle! No tienen gracia para nada.

Cuando el Chongo inventó recorrer el corso echando papelitos con una espumadera, les pareció que había descubierto una gran cosa.

¡Pero hay que ver un toro bajando las guampas y abriendo claros entre la gente, rodeado por ocho o diez caballos bellacos, que se van de vereda a vereda, en los corcovos!

Y mascaritos -cantidad- de esos incansables, que se mueven toda la noche, y se meten con todo el mundo.

Además, la murga. El Bulinga hace los versos en un rato, dos o tres ensayos, ¡y aquello es murga! ¡Unos versos de tirarse al suelo de la risa, una mímica y unos ademanes!

Por la murga, precisamente, se terminó el Carnaval. Bulinga empezó a hacer versos con punta, que molestaron a los de arriba. No perdonaba a nadie:

La Cholita fue a campaña

a aprender a cabalgar

la subían los peones

porque no sabía montar...

Por esta pica entre los de arriba y los de abajo, el pueblo se quedó hasta sin Carnaval.

* * *

Así estaban las cosas cuando Ortelio -un forastero- compró el boliche de Artigas. Un hombre con buena cabeza para los negocios -como lo demostró- buen vecino y trabajador "como un reyuno".

Empezó llenando el local con toda clase de cosas: -La gente compra si se pecha con los artículos -dice. Hizo además cosas muy grandes. Como el televisor: -M' enterré hasta aquí -dice, y se toca el cuello- pero la gente de abajo v' a tener televisión...

Porque hay que decir que arriba, casi todos habían traído el aparato. Empezó el gringo Lagreca, y los otros -por no ser menos- lo siguieron.

Otra cosa grande que hizo fue traer fruta y verdura. Cajones y cajones.

-¡Taloco! -decían.

La gente "entró" por la fruta y la verdura. Los de arriba, claro. Las sirvientas venían con bolsos y llevaban todo. A veces venían los patrones. Ponderaban a Ortelio:

-¡Una cosa que está bien de bien, esto de la fruta!

Ortelio empezó a sacarles clientes a los comercios de arriba. La gente de allá es la que viene ahora, cruzando toda la parte de abajo, a comprar en lo de Ortelio...

* * *

El televisor está en un rincón, bien alto. Temprano empieza a llegar gente, familias enteras. Las mujeres se sientan duritas, sin moverse ni hablar.

Los hombres son más barullentos. Piden caña a los gritos, y cuando el muchacho besa a la muchacha, arman alboroto:

-¡Apreté ahí! ¡Eso, nomá!...

En verano se saca el aparato para afuera y aquello es algo ver. Los vecinos se sientan lejos, haciendo semicírculo, en sillas de hierro que Ortelio trajo de la ciudad.

Los que no quieren comprometerse, miran desde la vereda de enfrente, en grupos compactos.

Gente de campaña viene de lejos, y está hasta la medianoche mirando la televisión.

Son puntos que va ganando la gente de abajo, porque ahora muchos de arriba vienen a lo de Ortelio. Empezaron vichando de lejos, entre los paraísos pero se han ido amansando y ya se entreveran bien.

* * *

A veces hay discrepancias, por los programas. Los muchachos, vestidos con pantalón ajustado color "yelo", remera, melena, piden tal canal. Los veteranos tango. La gente de campaña cosas con guitarra:

-¡Pero guitarra guitarra, no esas con uña postiza y eléctricas!...

Ortelio arregla todo con gran facilidad.

Ahora los troperos y alambradores se van acostumbrando a la música livianita, tocada por varones despeinados que mueven las caderas y bajan los ojos al cantar, como las mujeres.

* * *

A los de abajo les estaba gustando para reconquistar el Club. Vieron a Ortelio. Este no podía creer lo que le contaban:

-¡Pero no puede ser! ¡ No dejar entrar a doña Ulogia, y al Bulinga!

Una cosa que no podía ser, mismo.

-¡Acá hace tiempo se acabó la discriminación!

Las cosas había que arreglarlas, porque no es cuestión de pagar la "couta" y que lo ladeen "como chiripá"...

Con estos argumentos empezó a trabajar Ortelio. Formó un grupo de vecinos y entró en contacto con los de arriba; porque a él, las cosas le gustaban bien hechas.

-Porque no es un hombre qu' embale la gente. Más bien l' asujeta...

Allá los recibieron con una piedra en cada mano:

-Que el Club era de ellos. Que a ver qué habían hecho los de abajo. Que todo, local propio, muebles y demás, si había era por ellos...

Ortelio y su gente prepararon las listas y llamaron a elecciones.

Trabajaban bien, casa por casa. "Un Clú de abajo pa' todos" era el Lema.

* * *

Los de arriba se aprestaron a la lucha; pero pronto se dieron cuenta que para votar, los de abajo eran más.

Cundió la alarma. Se reunieron aguadamente. Tras largo discutir, el Chongo encontró la solución: -Retiramos la lista y le dejamos el Club a ellos... -¿Tas loco? ¡Ese chusmaje! -Déjalos... Vas a ver que se pelean entre ellos... Era una idea realmente genial.

Así lo hicieron. Ante una posible derrota, retiraron la lista.

* * *

Los de abajo son dueños del Club, ahora. Todas las tardes el local se llena de gente. El tocadiscos, el casín -señor casín- el bar, todo es de ellos.

Juegan al truco en grandes mesas redondas, con barajas de náilon ¡Cosa linda!

Hasta el piano, que tocaba sólo el Lito, ahora se abre a cada instante

-Mándate una de Chopén...

Los dedos toscos recorren el teclado, entre carcajadas...

* * *

Preparan un gran baile, festejando la Independencia, con orquesta de Montevideo y todo.

Rosa -el albañil- a quien nombraron presidente, está día y noche en el Club, sonriente, paseando su corpachón, los pantalones anchos rozando el piso. Anda siempre de traje -un traje que se ponía de casualidad -la gruesa corbata asomando la punta por la juntura del saco largo.

Hay reunión, por el baile. Ortelio no es de la Comisión, porque no tiene residencia; pero concurre y habla:

-Ahora tenemos que demostrar que los de abajo sabemos manejar un Clú d' éstos...

-Sí-dijo Rosa- pero hay que demostrar cultura y un poco seleccionar la gente, también...

Los demás aprobaron.

Ortelio se fue a su boliche, solo, completamente solo.

* * *

La afiliación de Bulinga se resolvió así: podía ser socio, pero se le prohibía sacar a bailar a las muchachas.

Algo parecido pasó con doña Eulogia, las hijas y otras familias de abajo.

Remató Rosa, el presidente:

-Ahora tomamo nosotros las rienda y el Clú tiene que caminar.

* * *

Los de arriba han vuelto a tomar el comando del Club. Ortelio liquidó el boliche y se fue. Los de abajo no tienen Club, ni comercio como la gente ni televisor, ni nada.

Ahora nunca, nunca más levantarán cabeza.

JULIÁN DURE

Lo habían agarrado medio para la chacota después de aquel sucedido con el sombrero.

En el almacén de González había aparecido un sombrero aludo, flamante, con las iniciales "J. P.". Se presentó Duré a reclamarlo.

-Pero usted no se yama Julián Duré? ¿Y aquí, no dice "J. P."?

-Sí, señor "J. P." Julián Duré...

El asunto se comentó, y nunca faltaba algún guarango que le gritara al pasar:

-¡Adiós J.P.!

-J. P. tu madrina, ¡hijo de mill!...

Para mejor, la derrota en el tablado, a manos del Gaucho Alambre, contribuyó a achicarlo más aun.

Diga que tuvo aquel golpe de suerte que lo hizo famoso en toda la redondilla. Entonces Julián levantó cabeza.

* * *

Pasaba el año, en el monte, hachando leña, pescando y cosas así. Pero cuando llegaba el Carnaval se disfrazaba de gaucho. Mejor dicho, no era que se disfrazara de gaucho: era un gaucho de alma, pero de aquellos gauchos peleadores con la policía y secuestradores de chinas.

-Disfrazau ando de monteador todo el año...

Cuando se acercaba Carnaval empezaban a verse, oreándose en el alambrado, las pilchas de gaucho.

Con Alambre tenían una rivalidad muy grande, que dirimían año a año en el tablado.

Salía Julián del Barrio de la Arena, con esas ropas tipo Juan Moreira: sombrero aludo, requintado, dejando ver la vincha blanca; casaquilla negra, bordada con todos los colores habidos y por haber; rastra ancha, de plata y oro; calzoncillos con puntillas hasta la bota, chiripá amplio.

Todo el barrio acompañaba a Julián.

Y del barrio de la Humedad salía el Gaucho Alambre, todo el barrio siguiéndolo.

En el tablado se topaban. Se trenzaban en unas barajadas "que sacaban una tierrita".

Por culpa de eso Julián quedó mal para toda la vida con el Gaucho Alambre.

Estaban barajando con los facones de palo, planchazo va, plan viene, entre el griterío de las hinchadas, cuando el Gaucho Alambre acomodó un bárbaro puntazo en la panza a Julián, y éste, se le vino al humo. El Gaucho lo esquivó y Julián clavó la punta del facón entre las tablas del piso. Entonces Alambre, aparatosamente, le quebró el facón en el lomo a Julián..

Esto fue algo que Julián nunca le pudo perdonar al Gaucho.

Para evitar algo grave prohibieron las barajadas de gauchos y el Carnaval perdió un atractivo fundamental.

* * *

Había un circo en el pueblo, hacía tiempo. No se podía mover; estaba en las últimas. Se defendía con rifas y eso. También daba comedias.

Un día se enfermó el actor que hacía de Juan Moreira y se vieron obligados a contratar a Julián Duré.

Todo iba muy bien. Nunca se había visto un Juan Moreira tan auténtico: soberbio, fierazo, terrible con el facón. Hasta que llegó el momento en que Juan Moreira muere:

-¡Entrégate, Moreira! -gritaban los milicos.

-¡No me entriego! -bramaba Julián.

-¡Cáete muerto! -apremiaba el apuntador.

-¡Ni me entriego ni me caigo! -rugía Julián.

Hasta que los milicos, acobardados por los brutos mandobles de Duré, dispararon circo afuera.

Julián se asomó a un costado del escenario, haciendo vibrar el facón de palo, desafiando a los cobardes:

-¡Vengansén todos, milicos sucios, que Juan Moreira los espera a pata firme!

El gentío -que había ido a ver a Julián- se vino abajo aplaudiendo.

Desde entonces, Julián Moreira no moría; los milicos salían disparando.

El circo empezó a cobrar la entrada. Hizo un platal. El pueblo entero iba a ver a Duré.

Fue su momento de mayor gloria.

Cuando paseaba por el pueblo los gurises lo seguían a todas partes:

-¡Ahí va Julián! Bravo, Julián- La gente lo saludaba:

-Tuvistes notable anoche...

O sí no:

-¿Dónde aprendiste a barajar así?

-N'el monte... -contestaba Duré-. Barajo con la sombra...

El circo siguió viaje y llevó a Julián.

* * *

Nunca más se supo de él. El flaco Aparicio, en un viaje, dijo que lo había visto en un circo en Rivera. Ya no daban comedias.

En vez del traje de gaucho, que tanto amaba, lo hacían vestir uniforme verde con franjas rojas. Como los monos.

Y en lugar de ser el héroe de la noche, el hombre que hacía disparar a los milicos a planchazos, era ahora el encargado de limpiar la bosta de los elefantes...

EL JEFE NUEVO

Cuando hay un cambio de jefe de estación son muchas las cosas que pueden cambiar.

Porque todos los hombres son distintos. Y unos vienen con "un reglamento" y otros con otro.

Además, la mujer del jefe, tan importante como el propio hombre de la gorra, por la forma como puede influir en él.

Están esas hoscas, que no se dan con nadie, que lo único que hacen es mirar el tren por detrás de los visillos. Y que van languideciendo como esas plantas que no toman aire ni sol.

Hay otras que no paran nunca, como si odiaran el lugar y el trabajo del marido. Para la ciudad, que la madre o la hermana, o suponga usted cualquier cosa. Y el jefe, solo, se vuelve un bicho...

Y otras tienen más humos que una presidenta, se meten en todo; hacen pelear al jefe con el peón, con el telegrafista, y después -seguro- con los vecinos.

Por eso un cambio de jefe de estación es una cosa seria en campaña.

* * *

Esto es, precisamente, lo que están comentando el Vasco y Remigio en el boliche. Porque hay un jefe nuevo.

Claro, éste corre con una ventaja grandísima, porque el que había era uno de esos hombres que no había por donde agarrarlo, pura espina.

Que al final la gente prefería pagar doble arriba del tren, y no sacar boleto, por no verle la cara.

-Me gusta el talante d'este -dice Remigio-. A mí, nomás, me relajó d'entrada: "Yo sé que sos muy mentao -se me acomodó- y pa pior blanco"...

Y agregaba:

-Y a Juancito Fierro, que fue a preguntar por una encomienda, se le acampó: "Pero usté, amigo, es Fierro de apellido y ¡feazo de facha!"

-¿Vos sabes lo qu'es salirle así, de golpe, con eso a Juan?

-¡M' imagino!

-Que Juancito lo levantó en la tacuara: "Usté lo que debe de ser es un gran atrevido, lo que debe ser"...

-Y se puso com'un bicho...

-Pero quedarás creer que el jefecito lo amansó enseguida: "Mira Juancito -le dijo- que yo vengo de un lugar ande los cristianos a más de fierazos, son unos liones de malos"...

-Que con eso quedaron como chanchos con Juan.

-¿Y al viejo Cruz? Le dijo en cuanto lo vio: "¿Qué tal, mi suegro?"

Que a don Cruz, mentarle las hijas es como insultarlo. Y no pasó nada, al contrario.

El viejo ya de lejos lo venía saludando:

-¿Qué tal, mi yerno?

Así aunque estuviera la hija de Cruz, o la mujer del jefe, o un mundo de gente.
-Un hombre que cayó parado, mismo. Porque amansar de esa manera a Juancito y al viejo Cruz...

* * *

Remigio y el Vasco han conocido -pero lo que se dice conocer- a todos los jefes de treinta años a esta parte.
El Vasco tiene una forchela y va a todos los trenes. Reparte cartas, encomiendas, lleva y trae pasajeros.
Remigio tiene la Telefónica, allí, al lado de la Estación. ¡Si habrá visto cosas!

* * *

-Si yo te digo, Remigio, que m'he yevao bien y pico con todos los jefes...
-¡Pero hermano! Yo he dentrao y salido en esa Estación por el lado que he querido!...
Lo que pasa es que hay que tener cancha; y saber buscarles las vueltas a los hombres...

* * *

Kinley, el bolichero, escucha atento. El es nuevo y no conoce nada.
Llena las copas en silencio.
-¿Pero querés hombre más bruto y bravo de tratar que Paco?
-Ahí tenes: yo lo yevaba como de la trompa pa cualquier lao...
-Y si te digo que conmigo fue un amigo flor. ¡Un amigazo!
El hombre lo único que tenía es que era un gran alunado. De mañana y después de la siesta, era matemático. Había que correrlo para el lado que disparase; que si no, era como pechar un tren...
Con el Vasco nunca tuvo problemas. Iba siempre media hora antes de la llegada de los trenes. Y los trenes -infalible- media hora atrasados.
El Vasco saludaba:
-¡Buenos días, mi jefe! ¿Cómo amaneció?
Paco contestaba con un gruñido, inclinado sobre los papeles.
Entonces, el Vasco siempre hacía lo mismo. En cuanto llegaba otro, comentaba fuerte:
-Hoy ando con una luna de la gran siete. ¡Si encontrara otro como yo, me gustaría pa' sacudirme a trompadas!...
Santo remedio. Al momento el jefe se levantaba, con su corpachón, e iba donde estaba el Vasco:
-¿Qué haces, Vasco degenerado?
Y después andaba locuaz y haciendo chistes todo el día.
-Pero bagual, bagual, aquél... ¡te tenes que acordar!... con nombre de cura-bichera...
-¡Ah!, un tal Sarnalán, o algo así... ¡La frescal!
-Si te digo que yo, que nunca me caliento, a ese -si no me agarran lo saco ensartao

en el lengua 'e víbora...

El horario había que cumplirlo a cara de perro. Fuera de hora, ni remedios, entregaba.

-Venite vos de dos o tres leguas por un remedio... ¡Capaz que lo degoyás!

Gente que salía de la Colonia, con la carreta hasta los topes -porque esta ha sido estación de meter trigo y lana y cargar ganado que es una cosa nunca vista- pensando llegar con tiempo de sobra, y pasarle cualquier percance y aparecer diez minutos atrasado...

-¡Y el jefe con toda la Estación trancada! Que ni desuñir dejaba en aquéllos brutos terrenos de la Estación, a esperar el horario del otro día...

Que cuando Remigio casi lo mata, le sobraba la razón.

Le había dado un ataque de locura al finado José Rodríguez. Creía que todos estaban contra él y no dejaba acercarse a nadie. Como último recurso fue el Vasco, gran amigo de don José. Y éste le dijo:

-Parece mentira, Vasco, un hombre de su respeto, venir a joder a este pobre viejo. ¡Usted también!

Fue cuando el Vasco vio que estaba loco mismo.

El que arregló todo fue Remigio, que para tratar enfermos es especial. Porque al enfermo -y menos loco- no hay que andarle con delicadezas:

-¡Respete qu' está hablando con un hombre! ¿O está como gurí mal criado?...

Al fin pudieron dominarlo y meterlo en la cachila del Vasco. -Un trabajo, hermano, que no quisiera volver a agarrar nunca!

Y cuando llegan a la Estación, el tal Sarnalán ese, les sale que en calzoncillos - aunque fueran largos- no se podía viajar, y que si no le ponían pantalones a don José, no lo dejaba subir al tren.

Y no había Cristo que le hiciera poner los pantalones a don José. Si a sacarlo del rancho hubo que pelear como con un regimiento!

Por eso a Remigio se le corrió la cincha ese día. Y si no lo sujetan, lo levanta en el cuchillo...

* * *

-Ahora, te digo una cosa: hemos tenido también unos señores jefes...

Hombres dispuestos, prontos siempre a dar una mano. Gente de esa que lo único que quiere es ser útil a los vecinos.

-Don Bruno, ¿te acordás? ¡Qué hombre!

-¿Qué será de la vida d'él? Vivirá todavía?

Eran él y la mujer, solos. Ya viejos, los dos.

-¡Y parecían unos novios!

El jefe cerraba la Estación, de tardecita; se vestía como para salir y la mujer igual.

¡Y se iban a caminar por la vía, abrazados!

-Es que hay personas que s'encuentran...

-Pero yo no he visto ni veré otro caso d'esos...

* * *

Ha llegado Nito, hacendado muy vinculado a la Estación, porque embarca ganado seguido. Enseguida entra en la conversación:

-¡No! Pero yo como aquel desmadrao, ¿cómo era? Que hacía un pamento bárbaro por todo...

El Vasco no se acuerda. Remigio tampoco.

-¡Lo tengo en la punta 'e la lengua!

-Vos pedías un vagón y él te decía enseguida: "Mire, va a resultar imposible. Pero me voy a tirar de palo a palo por usté..."

Y así con todo. Puros inconvenientes. Hacía como que hablaba con los jefes de Central, por el telégrafo y al final arreglaba todo:

-Lo que no arregla Gutiérrez no arregla nadie...

Hasta que se topó con don I sabelino Menéndez, que embarcaba trenes enteros día por medio.

-Mire, viá hacer lo imposible...

Pero resultaba que a don I sabelino los vagones ya se los reservaba en Central.

-¡Y vos te acordás la banca que tenía don I sabelino con los ingleses!

Eso y sacarlo como cotorra de la cola, fue todo uno...

* * *

-Pero mira Vasco que si vos y yo nos diera por escribir un libro con los jefes que han desfilao por acá, ¿eh?

* * *

Y aquel tal Rodríguez, tranquilo, siempre sonriente. Pero engañoso.

-Le tocaban las cosquillas y d'iba p'adelante que daba miedo...

-Que vino Romualdo, que se creía que porque tenía plata podía yevar a todo el mundo por delante. Le trajo la carga a Rodríguez...

Quería retirar una carga fuera de hora. Y a buenas, con Rodríguez cualquier cosa, pero a malas...

Dijo que no le entregaba nada. Y Romualdo, que ya había atracado la zorra al vagón, que él iba y retiraba lo que quería...

-Vaya y saque, como no -dijo Rodríguez-. Y después busque uno pa que le cosa las tripas...

Y sacó la daga. Romualdo todavía debe andar disparando.

Y aquel peón Fagúndez, acostumbrado a mandar más él que el jefe. Decía que "adentro" -en la oficina- mandaba el jefe; y "afuera" -en la playa-mandaba él...

Y le dijo Rodríguez:

-Usté manda afuera, como no...

Y le señaló del alambrado de la Estación para afuera...

* * *

-Hemos tenido jefes de toda clase, sí señor -dice Remigio-. Buenos, buenazos,

regulares y de los otros...

-¡Y ahora, pa' completar, nos mandan un jefe escritor! -remata el Vasco.- ¡No te extrañe que cualquier día nos disfrace en un libro!



